

.C.o.n.t.e.n.i.d.o.

Poesía

- 4 POEMAS
Armando Quiroz Benítez (*Primer lugar*)
- 10 3A.M.
Andrés García Barrios (*Segundo lugar*)
- 20 POEMAS
Agustín Cadena Rubio (*Tercer lugar*)

Cuento

- 25 LOS AMANTES DE JULIETA
Naief Yehya Albolhosen (*Primer lugar*)
- 29 BAJAS SENSACIONES
Adriana Serdán Vázquez (*Segundo lugar*)
- 33 QUÉ AGUADA ¿NO?
Eduardo Zanabria Martines (*Tercer lugar*)

Teatro

- 41 EL VIAJE DE LOS CANTORES
Hugo Salcedo Larios (*Primer lugar*)

Viñeta

- Luis Bernardo Pérez Puente (*Primer lugar*)
Mauricio Cervantes (*Segundo lugar*)
Leonora González Torres (*Tercer lugar*)

Portada

- Viñeta de Leonora González T.
(*Tercer lugar*)



Advertencia

Este número reúne los premios del XXII Concurso de la revista *Punto de partida* correspondiente a 1989. En la rama de teatro sólo publicaremos al primer lugar; el segundo y tercer lugares se publicarán en el número 88.

Agradecemos a los jurados su valiosa colaboración.

POESÍA

Eduardo Casar
Fernando Fernández
Elva Macías

CUENTO

Enrique López Aguilar
Bernardo Ruiz
Juan Villoro

TEATRO

Alejandro Aura
Héctor Azar
Rafael Segovia

VIÑETA

Magali Lara
Pablo Moya

PUNTO DE PARTIDA

La revista de los estudiantes universitarios
Cuarta época. Número 87. Nov./dic. 1989

Director:

Hernán Lara Zavala

Editor:

Joaquín-Armando Chacón

Jefa de Redacción:

Laura González Durán

Redacción:

Sergio García y Teresa Solís

Consejo Editorial:

*Julieta Arteaga Tijerina,
Gonzalo Celorio, José
Ramón Enríquez,
Humberto Guzmán, Elva
Macías, Esther Seligson*

Secretaria:

Luz María Vallejo García

Diseño original:

*Otilia Calderón, Miguel
Ángel Díaz, José Luis
Molina y Vicente
Encarnación*

Diagramación y formación:

Mercedes Bulit

Tipografía:

Literal, S. de R. L. MI.

Impresión:

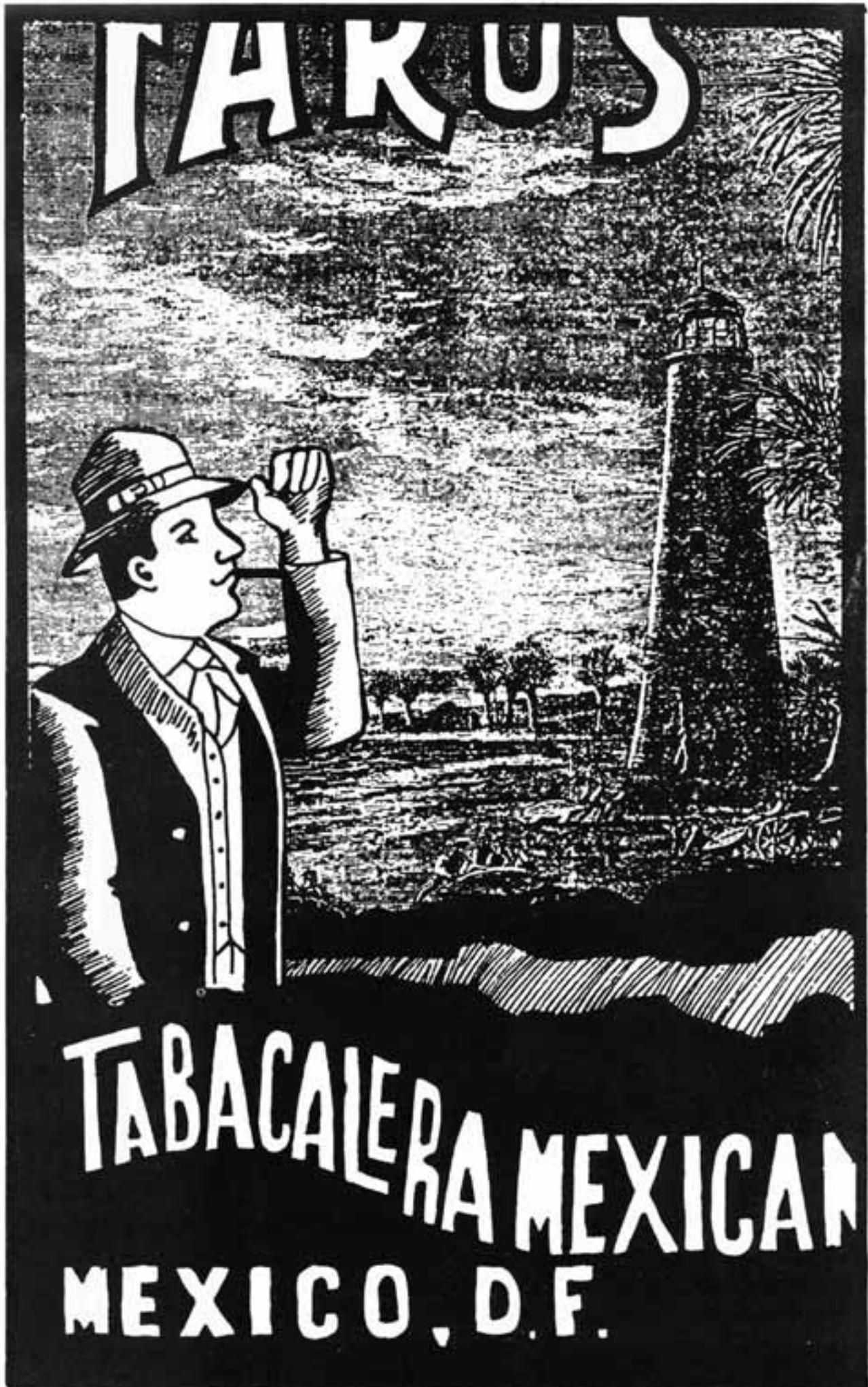
*Cuadratín y medio. Vértiz
931-A, México, D.F.*

Dirigir correspondencia y colaboraciones a: Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura / Revista *Punto de partida*. Centro Cultural Universitario, oficinas administrativas, circuito exterior, edificio C, 3er. piso, Insurgentes Sur 3 000, Delegación Coyoacán, 04510 México, D.F. Teléfono: 655 13 44 ext. 7392 y 7393.

Viñeta

Primer lugar

Luis Bernardo Pérez Puente



Poesía

Primer lugar

POEMAS

Armando Quiroz Benítez*

Elegía

No he querido nombrar
los sueños que dejaste escondidos
tras la cabecera,

ni estos zapatos
tan quietos sin tus pies,

ni tus venas delgadas
que son ya sólo un silencio
de trágicos alambres,

* Escuela Preparatoria "Bachilleres de Aguascalientes".

ni la risa de fusibles
esparcida en tu cuaderno
de notas criptográficas,

ni los resortes repentinos
y los tambores nocturnos
que tu muerte puso en las almohadas,

ni esta casa
hundida con nosotros
en la ausencia de tus pasos.
No he querido pensar
que ya estás
debajo del tiempo y de la hierba,
en la necrófera
removida por las palas
y las ansias de los muertos,
en la parcela subterránea
de los crucifijos carcomidos.
Ahí,
donde la humedad
ha empezado a cavar hacia tus huesos,
ahí,
donde en este momento
está mordiéndote la tierra,
deshaciendo en su oscura,
mítica,
inevitable,
primordial,
antigua boca
la salud de tu cerebro interrumpido.

No.
No he querido hablar
de ese reguero de voces funerales
que sube con sus hilos
los párpados de todos,
que acalambra nuestras lenguas
y nos hace ser
una procesión de fantasmas
que caminan arrastrando un ánimo de trapo,
que caminan pisándose las lágrimas,
esperando que Séneca
y el tiempo
curen lo que la famélica,
arruinada,

inútil
razón
no puede.

Para qué hablar de todo eso
si mis palabras
confundidas y amordazadas por la sombra
no podrán detener
el ritual primigenio de la tierra y de la carne
y tú,
irreversiblemente,
a pesar de nuestro llanto repetido,
a pesar de la herida sucesiva de mi madre
seguirás siendo
el más muerto de los muertos.

Del libro de los meses

II

Ha llegado
como siempre
irritando las cortinas y los ojos
empolvando los muebles y los sueños

resoplando

haciendo alarde
de sus noches oxidadas
alertando los bronquios
llenando de zumbidos nuestro pecho
despegando el asma de los árboles
enredando los resuellos
en sus aires repentinos

febrero de fiebre

febrero asmático

como siempre
ha llegado
para arrastrarnos hasta la orilla de la vida

y obligarnos a estirar
con las fosas nasales
el aire de piedra de la noche

febreroespasmo

ventolyn

febrerovendaval

soventolex

ha llegado
y porque ha llegado
es hora de vivir de cortisona
y pagar el tributo a los galenos

Soneto

QUE EL AUTOR REVERENTEMENTE COMPUSO
ENVUELTO EN DELIRIOS DE AUSENCIA.

Y

a recuerdo el sistema inconfundible
de tu lengua inventando mis oídos
y el silencio en que ardían mis sentidos
ocultos en tu copa irrepetible.

Logrando bocarriba lo intangible
aprieto tus suspiros esparcidos
y en mi puño tus besos escondidos
consuman el placer de lo imposible.

Han seguido tus muslos recorriendo
mi mente, donde cálida vegetas;
mas, para no decir que estoy muriendo,

mejor digo en palabras más concretas
que he podido sin ti seguir viviendo
porque sigues viviendo en mis puñetas.

Epigrama

En la pantalla
la Isela Vega se deja,
sus senos caen maduros
en las manos del galán.

Esta noche

habrá un derramamiento masivo
de semen.

Bígamo

*"Lo bueno, si breve,
dos veces bueno".*

B. Gracián

Bipendejo.

Poema Corto

El tiempo gotea días
y salpica mi cara
de minutos.



MARKUS

PAPEL ARROZ



TABACALERA MEXICANA
MEXICO, D.F.

Luis 89

Segundo lugar

3 A.M.

Andrés García Barrios*

I

La fuerza
de una mujer redonda
súbitamente almuerza
me
levanto.

La habitación a oscuras.

"Papá",
esa voz
que dura casi treinta meses juntos
y una cama desierta
donde tardó en saber que estoy tirado.

Me paro y pues
soy padre de este niño
ya no te estés jalando tanto el gozo
soñoliento
en la última repisa
cae la onza tras la onza.

Mañana al tiempo.

¿Y mami?

No me escucha el pequeño sagitario.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

V

FRANCIA

por si ya tienen las maletas
listas.

VENEZUELA

Tal vez, para no verte
dando la vuelta en todas mis esquinas.

SENEGAL porque es triste

y no conozco

más de cuatro ciudades.

Linda, espera,
tengo el tiempo contado.

Los aviones están saliendo a cada
vuelta de este reloj que me hace nudo
la corbata amarilla.

Gorda,

aguarda.

Quería decirte que me estoy muriendo
y que el tiempo transcurre, deposite
sin colgarse

otras cuantas monedas

(en la alcancía del Santo, de milagro
puedo quedarme solo).

VI

Soy tuyo amor y 4 000 200

63 canciones lo repiten.

Vente a bañar,

ya estoy cansada, dije

que no me gusta verte

¡sucial!

El tiempo

pasa

y tú no estás conmigo.

Voy a beber algunas veces fuera.

No creas que siempre estoy borracho

solo.

VII

Ayer era la madrugada de hoy
que ya es mañana.

Escucha: Dime la fecha.
Enséñame también ese calzón
que te fuiste quitando ¿cuándo?
el día,
la noche en que dejaste tu cuidado
sobre las azucenas.

Ya están secas.
Ni tu sangre pudo levantarlas.

VIII

Nací de pronto
¿Qué te sorprende entonces
tanta pérdida?

Vete. No estés rondando aquí con la franela
roja
que compramos.
Es que no quieres darte cuenta
que me siento a escribir para estar solo.

Oh, por favor, ¿qué pasa?
No estoy. No estoy.
También salí para ellos.
Soy un teléfono ocupado.

Escucha:

Ring, ring. ¿Lo ves?

Sal al jardín, recuéstate.
Comienza a desnudarte.

IX

Pareces tan pequeña.

¿Cuántos cumpleaños?

Veinticuatro,
 me acuerdo
 de tu mirada en el jardín y aquella
 palidez de mentiras.
 ¡Si supieras
 que yo
 ya no festejo,
 sentado en el balcón, la usual paciencia
 de los múltiples carros alegóricos!

Veinticuatro, pareces tan pequeña.
 Déjame que te explique: el día que entraste
 portando aretes de varón, dos gotas
 de saliva y murmullo en las orejas
 —venían chorreando y tú como si nada—
 si alguien me hubiera
 dicho
 cierra los ojos, déjala que pase...

Pero Nervo ya a nadie le interesa.

X

¡Qué memoria!
 Nunca voy

 a prenderme
 las fechas.

Ya sé que tu mamá cumplió catorce
 el día de su desliz, mas
 qué accidente
 no sucede a esos años!!!

 Ven, repite:

la boda de mis padres el 18,
 mi nacimiento el 6,
 luego

la hermana,
 con sus calcetas sin decoro el día
 que yo la estaba espiando tras la reja
 grande, que daba al cuarto
 oscuro.

 ¿No te acuerdas?

Déjame que te toque, pero
 mira, no levantes las manos,

si es tan sólo
lo que hacen los doctores.

Te recuestas
muchacha y las mejillas
azules tan

¿Quién apagó la luz?
6 de noviembre, nunca
me lo pude aprender.
Ya es hora: finge.

XI

¿Por qué?
¿Por qué?
Ayer estabas pálida
y hoy rozagante rezas.
¡Qué infortunio!

Léeme el papel.
(Disculpa)
Ahora sí lee.

No sabes lo que dices.
¿Quieres ir con mamá?

Te he dado todo
lo que no necesitas y aún me dejas.

XII

Frecuencia en la edición.
Papá, un relámpago.
Ayer que estaba
sentado en la ventana, sobre el corcho,
vino mamá. Tenía escotado el pecho
y un seno al aire.

¡Lo mordí!

Carajo,
no interrumpas.
Estoy tratando de saber qué siento.

XIII

Sí, el universo, el cosmos,
pero dónde pusiste la camisa
que me compré para las ocasiones.

Busca debajo del ropero,
busca también debajo de ese último recuerdo
cuando había

pan
y otros artefactos de cocina
¡sucios!

tú estabas riendo,
tú,
la más hermosa

sonrisa
y sin embargo
ahora
permaneces callada.

¿Qué sucede?

¿No vas a levantarte?
Ponme un dedo en la boca. Pídeme un beso.

XIV

Limpia. Limpia ahora esa luz.

La vas regando por el piso. ¡Dame!
Yo te voy a enseñar. ¡No me respondas!

¿Está puesta la cama?

Pues
aprende.

XV

Llameas dejado solo.
Dime, ¿qué tanto pintas?
Esas flores no son lo que aparentan.

Poesía

No.

Tampoco.

XVI

Dentro de ciento cincuenta años
recordaremos que te fuiste, mas
¿qué importa?
Te estás yendo,
te sigues yendo cada media hora.

Pero, ¿cómo pudiste dejarme en pasado
y perfecto?

No me acuerdo de ti,
nunca fuiste:
¿por qué sigues llamándome
siempre?

XVII

Limpia, limpia esa sombra.
Vete fantasma.
Ella hace mucho
que no va a volver nunca.

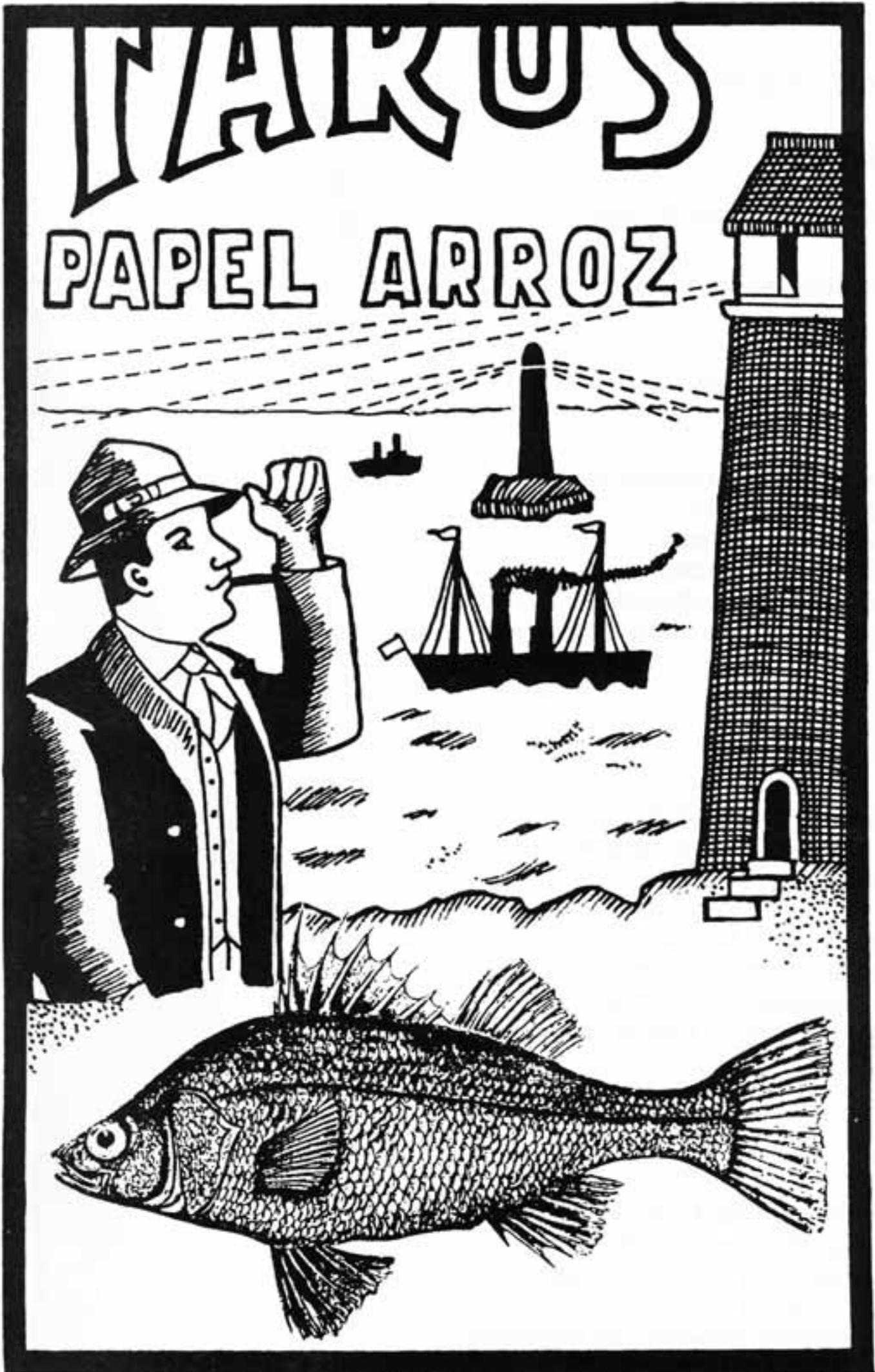
XVIII

Jalo mis párpados, cierro mi cabeza.
No quiero saber más de esa vecina
realidad, la muy puta.

XIX

Nada.

Vuelta a seguirte dando
lo todo.



Luis.89

Tercer lugar

POEMAS

Agustín Cadena Rubio*

Miniaturas del viento

I

Conquistar para luego irse.
Eso es lo posible.
Quedarse es morir,
ir contra el viento,
que nunca llora el cadáver
de la flor que arranca.

II

El viento se consume
en el deseo de ser viento.
Y el fuego,
¿acaso no se desgasta
y muere por ser fuego?
Ámame, Grano-de-Anís,
hasta donde sea posible.
Somos viento y somos fuego.

III

En el viento de la tarde
las olas de alfalfa vienen y van:
larga zozobra de dudas verdes.
“¿Me deseará todavía?”
se pregunta, cansada, la labradora.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Criadas



V

ienen de provincia,
de pueblos como el mío.
Conservan su acento de milpas y chachalacas;
sus ojos ven como si vieran lejos.
Por las noches se cuentan chismes en sus
cuartos de azotea
mientras oyen la "Tropi Q".
Se comen a escondidas el jamón de la casa,
las galletas, usan el champú de la señora.
Son como los gatos: lo saben todo.
Las vidas de los otros son telenovelas
donde salen amantes y villanos.
Lavan menstruaciones y sábanas con semen;
se llevan lejos la basura de la casa.
Lloran solas en sus camas, porque extrañan.
Se duermen con una medalla sobre los labios.
Piden permiso para ir a su tierra
en Navidad y en Todos Santos.
Van a su tierra y llevan flores a las tumbas;
cuentan maravillas de la casa donde viven.

Chicago, Illinois

I

nvierno apaga el día sobre las calles
los árboles desnudos atrapan hojas de diarios
amarillas hojas que vuelan en el humo
abrigos largos grises
largas filas en los cines
muchachas coloradas se frotan las piernas en
los parques
un hombre escribe a su familia en México
gatos

Poesía

un autobús vacío que va a Evanston
una niña latina llamada Gloria
mira con ojos temerosos
cómo hombres negros queman en la calle la bandera cubana
Un avión vuela sobre el lago
hacia el noreste.

Paulina

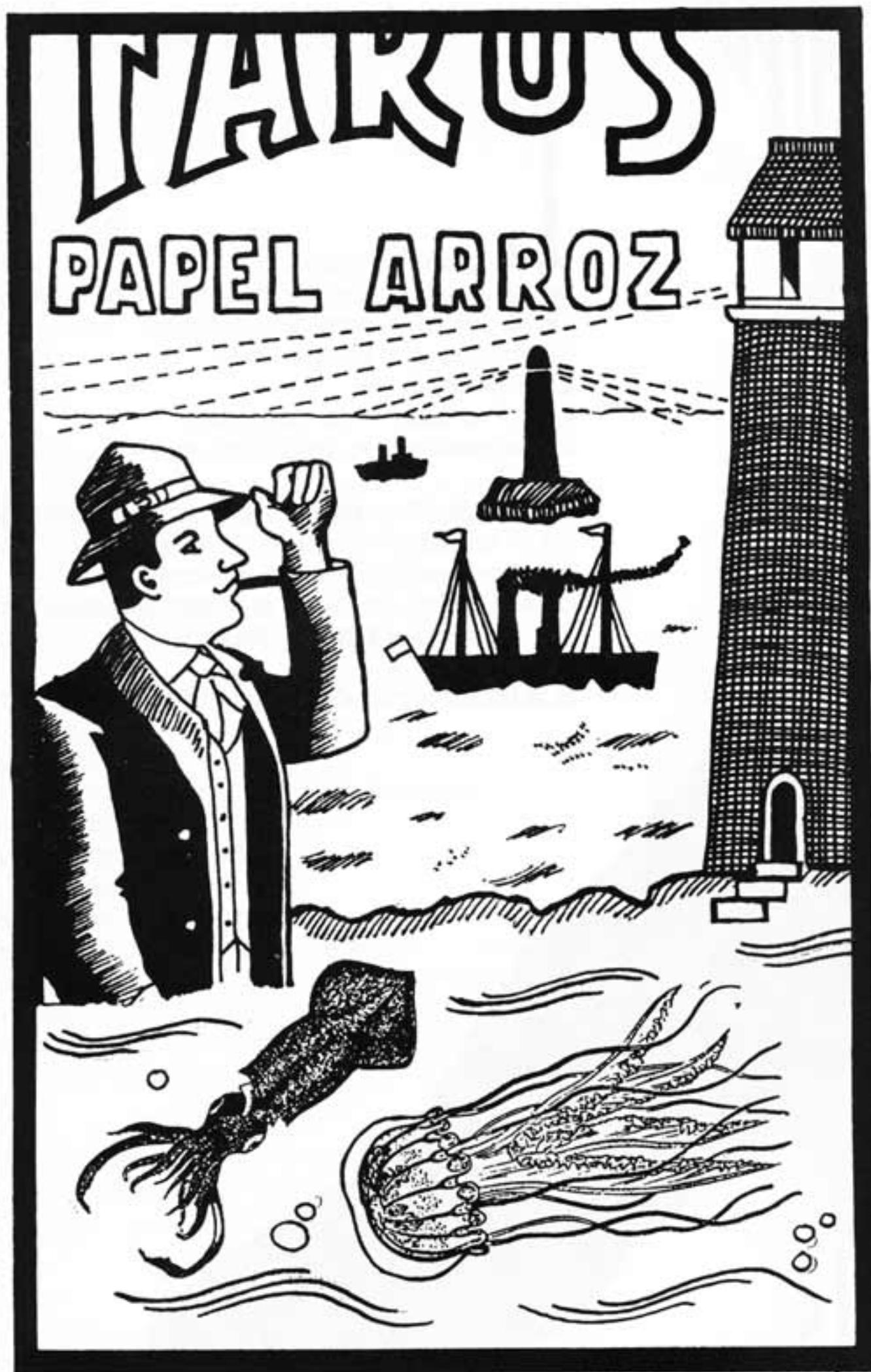
Camina por la tierra dando tumbos,
como ebria.
Lleva en la mano una llama
a punto de apagarse;
con la otra mano levanta piedras,
las observa,
las avienta al limo de la noche.
Al borde del mundo
juegan niños que son otros,
que ya no recuerdan la luz que llevaban
como un ramo de flores.
Paulina quiere acercarse,
jugar con ellos;
su risa suena en el pueblo oscuro,
sobre las bancas de los tendajones.
La palabra la carcome lentamente, el *logos*;
“el invisible gusano que vuela en la noche”... *
Una mujer como un mercado la llama adentro,
para que no se enferme.

*cf. William Blake: “The Sick Rose”. En este poema acerca de la belleza que es corruptible y de su mortalidad, la rosa ya está enferma.

Recién nacido

Lo miro dormir:
su rostro semeja el de un lechón escaldado.
Tiene los ojos cerrados. Mejor.
Abre la boca y chupa nada.
Lo miro de lejos,
como se mira a los enfermos,
floreciendo en su ponchito azul.

Pero cómo hay madres que amamantan sapos.
En el molusco dormido de su sexo
llora una mujer que no volverá;
en sus labios de leche el mundo desierto,
el Valle de los Huesos Secos,
sin nadie,
la miel de arena del amor exhausto.



Luis 89



Cuento

Primer lugar

LOS AMANTES DE JULIETA

Naief Yehya Abolhosen*

Julieta había hecho desfilar por su cama a un número considerable de gente. Todo el mundo lo sabía salvo Ramón, su novio. Pero como suele pasar en este tipo de asuntos, Ramón se enteró. En una reunión, Felipe tuvo el cinismo de elogiar el pubis rasurado de Julieta mientras charlaba con Ramón acerca del punk y su influencia en la moda y el gusto de los ochenta. Felipe perdió dos dientes y recibió una botella de ron en la sien como premio a su descripción. Más que por los gritos de Ramón y el jaleo de la pelea yo estaba sorprendido por la decisión de Julieta de quitarse su atractiva mata de vellos que parecía trazada con regla. No era la primera decisión estúpida de Julieta, de hecho acostarse con un tarado bocón como Felipe era mucho peor.

Tratamos de calmar a Ramón cuando acabó de golpear a Felipe mas fue inútil. Yo preferí esperar a que se le pasara, pero en lugar de eso, se puso a patear sillas y a aventar objetos. Fue un zapato que salió volando lo que rompió el cua-

* Facultad de Ingeniería, UNAM.

dro de Chucho Reyes, orgullo de Gerardo, el dueño de la casa. Cuando al fin decidieron utilizar la fuerza para tranquilizar a Ramón, ya no quedaban muchas cosas enteras en la sala. Estábamos muy ebrios. Entre cinco pateaban al novio engañado.

Yo cambié el disco, hacía rato estaba harto de oír a los *Doors* pero Gerardo no me dejaba acercarme a su estéreo. Puse a los *Sex pistols*, me pareció más adecuado. A un lado de Felipe yacían los restos de la última botella sobre un charco de sangre y ron que se evaporaba inexorablemente. Miré mi vaso vacío y grité:

—Ramón, pendejo, ¿por qué no te fijas en lo que haces?

Pero Ramón ya no me oyó.

Aquella reunión en casa de Gerardo no fue recordada con alegría por nadie. Felipe no desaprovechaba una oportunidad para hablar de los diecisiete puntos que le habían puesto en la sien, y que tenía una fisura en el cráneo, y lo mucho que había costado el dentista y los encefalogramas, y que de milagro no le había pasado nada más grave. Gerardo llamó a todos los restauradores de arte de la ciudad y no encontró quien reparara el cuadro de Chucho Reyes. Un día que estaba en Chapultepec decidí comprarle un poster del Museo de Arte Moderno para que llenara el hueco, no apreció mi regalo y me mandó a la mierda.

Había olvidado completamente la causa de la batalla de casa de Gerardo hasta que unos días después en la cama de Julieta descubrí su pubis lampiño. Me dio la impresión de hacerle el amor a una niña. Quise ser padre por un momento. Con una hija como Julieta el incesto sería una necesidad.

Mientras me vestía no pude dejar de sentirme incómodo. Después de todo, Ramón era mi amigo. Y digo era, porque al día siguiente no sé cómo se enteró que había pasado la noche en casa de Julieta, y vino a amenazarme de muerte. Pensaba decirselo yo mismo, pero las confesiones me parecen cosa de quinceañeras. "Además, si todos los amantes de Julieta fueran a confesarse con Ramón habría largas colas", pensé.

Ramón le armaba escándalos apocalípticos a Julieta.

Por la manera en que la llegó a golpear en alguna ocasión creí que se trataba de un asunto sadomasoquista. Ramón la asediaba, la seguía. Trataba de convencerla de volver con él. Decía que le perdonaría todo. Pero Julieta no quería saber nada. Llegó a poner como condición para acostarse con ella ir a romperle la madre a Ramón. No faltó quién lo hiciera gustoso a cambio de meterse entre sus piernas y su coño pelado. Yo me negué, me pareció una vileza permitirle especular con mi sexualidad. No acepté el chantaje pero a cambio la violé. Comprobé que su tendencia sadomasoquista no era producto de mi imaginación cuando al terminar me pidió que pasara la noche con ella. Preferí regresar a casa a curarme los golpes y rasguños. Durante una semana tuve dolor al orinar.

En una fiesta encontré a Ramón tan golpeado que me costó reconocerlo. Aún me guardaba resentimientos pero después de las consecutivas golpizas recibidas por parte de los amantes de Julieta lo mío le parecía poca cosa y casi me había perdonado. Platicamos evitando mencionar a Julieta aunque ambos

sabíamos que estaba en el piso de arriba metida en la cama con alguno y yo esperaba mi turno para subir. De pronto se puso insoportablemente melodramático y empezó a llorar y a decirme que-la-quería-y-que-la-amaba. Y yo le respondía que-sí-que-cómo-no-pero-que-no-era-para-tanto. Así estuvimos un rato en el forcejeo verbal hasta que me cansé de oír y repetir idioteces y lo dejé solo, llorándole a su vaso de ginebra. Entre las necedades que dijo, mencionó que se suicidaría si Julieta no regresaba. Deseando que me dejara en paz, le recomendé usar una pistola de buen calibre para no fallar.

Poco tiempo después, un cuate me dijo que Ramón andaba muy mal y que teníamos que ayudarlo. Como nunca he tenido espíritu de redentor ni de enfermera lo mandé a la chingada.

—Me vale madres. Que haga de su vida lo que quiera —respondí.

—Tendrías que verlo, pasa el tiempo borracho viendo películas pornográficas en su videocasetera.

Agregó que se entregaba sin reservas al onanismo.

—¿Y qué tiene de malo la autosatisfacción? —pregunté—. La masturbación es el camino a la pureza ya que trasciende a la mujer que es el origen de todos los males.

—Está hecho una mierda —respondió.

No lo convencí pero tampoco me interesaba. Le pregunté si tenía idea de dónde había conseguido los videos. Me miró como se mira a un vil misógino frustrado y se marchó.

Otro día encontré a Ramón en el Centro y lo invité a una cantina esperando que me pagara algunas cervezas. Había tenido un día terrible

tratando de vender unos relatos y algunos artículos. Vi a varios editores pero todos coincidían en que la pornografía estaba rebasada y no querían publicar nada mío.

Yo no consideraba mis textos pornográficos pero ellos no podían entender que hablar de culos dejó de ser obsceno hace mucho, y que en una época de continuo bombardeo sexual a través de los medios de comunicación no había nada más inocente que describir detalladamente un coito.

Ramón hablaba sin parar. Yo pedía cervezas confiado. Discretamente escribía los sinónimos más convenientes para mi próxima narración en la cual incluiría a Ramón y a Julieta como personajes. Fingía escuchar mientras me preguntaba qué sería mejor: picha, verga, polla o pija. Tomando en cuenta que esperaba que mis escritos fueran comprensibles tanto en México como en España o Paraguay la elección me parecía importante. Yo en esa época aún creía tener algo que decir. Coño o pucha o chocho o ...

Detuve mis tribulaciones al escuchar la palabra siquiatra de la boca de Ramón. Me dijo que había decidido buscar ayuda profesional. Por supuesto que se encontraba mucho peor que en su etapa masturbatoria. Ahora tenía un nuevo vocabulario oscuro, pedante e inútil para denominar y tipificar sus viejos trastornos. Estaba satisfecho con su tratamiento, decía que la terapia le había salvado del suicidio. Volví a recomendarle un arma de buen calibre y me levanté. Él me sugirió buscar ayuda de un especialista. Le dejé la cuenta.

Tiempo después nos encontramos

en casa de un amigo mutuo. Dijo que se había desencantado del sicoanálisis y lo había dejado. En ese entonces Ramón estaba metido en el rollo *Hare Krishna*, había dejado el alcohol, se levantaba a las cinco de la mañana y llevaba una dieta macrobiótica. Ahora sí, había hecho de su vida una porquería.

Julieta también cambió mucho desde la última vez que la visité. La encontré con una chamarra de cuero negra cubierta de estoperoles. En el camino a su cama me explicó que al fin había entendido su sexualidad, había asumido su rol, y según ella, en parte me lo debía. Sólo gozaba por medio de la violencia. Eso quería decir que tendríamos que representar una pequeña ceremonia sadomasoca. Las piernas me temblaban de sólo pensar qué papel me tocaría interpretar. Abrió un cajón donde escondía toda clase de vibradores, arneses e instrumentos de uso inimaginable. Salté sobre ella para evitar que se armara de alguno de esos pertrechos y traté de satisfacer sus deseos a puñetazos. Cuando la penetré ella estaba inconsciente. El cuero que la cubría era mucho más agradable a la vista que al tacto. Terminé, me limpié con las sábanas, de todos modos ya estaban manchadas de sangre.

Julieta no volvió a aceptarme en su cama. Gerardo no pudo reparar su Chucho Reyes. Felipe consiguió un empleo en un banco y yo he tratado de convencer a Ramón que me venda sus películas porno.

Viñeta

Segundo lugar

Mauricio Cervantes



Segundo lugar

BAJAS SENSACIONES

Adriana Serdán Vázquez*

Mi situación actual es producto de una distracción que jamás podré olvidar. Por intentar mirarme en el espejo mientras presionaba la palanca del escusado, los lentes que colgaban del escote de mi blusa cayeron dentro de la taza.

Los lentes, instrumento fundamental para desempeñarme como correctora del *Novedades*, no podían quedarse buceando ahí. Además de existir entre ellos y yo lazos de estricto trabajo, había muchas cosas vistas, muchos libros leídos, muchos hallazgos de por medio. Estaba convencida de que tenía que recuperarlos, pero no era una empresa fácil, pasó casi una hora hasta que cobré el valor suficiente e introduje la mano.

En el instante en que toqué el agua, sentí la necesidad incontenible de mover los dedos, de dar vueltas de reconocimiento con la mano, de dejarla ahí adentro toda la vida. Olvidé los lentes, lo único importante en aquel momento era lo que empezaba a vivir con la mano derecha metida en el escusado del baño de la oficina.

Una serie de imágenes empezaron a correr a todo lo largo del brazo, a meterse en los ojos, a invadirme completamente convirtiéndose en voces, ruidos, sensaciones que me transportaron a los pies de la Torre Eiffel, donde envuelta en un precioso abrigo blanco de piel, posaba para un fotógrafo profesional. Al principio sentí un poco de incomodidad al verme en movimiento con una libertad y una soltura que nunca pensé que lograría. Esa había sido la causa de mi angustia los últimos años. De la casa al periódico cami-



* Escuela de Cerámica y Porcelana de Toluca.

naba con prisa, miedosa de encontrar a alguien que me invitara a alguna reunión o quisiera platicar. Nunca sabía qué decir en una conversación. Me daba pena abrir la boca y el color rojo acudía a mi cara, aunque sólo fuera para dar la hora. El único lugar seguro era mi recámara al cerrar la puerta con llave.

Después de posar durante tres rollos en distintas posturas: abriendo el abrigo, con las manos dentro de las bolsas, con una gran sonrisa, o muy seria, me sentía ya lejos de esa vergüenza habitual. El fotógrafo se acercó, dijo en francés que había terminado y me dio una nalgada. Y yo, con una naturalidad asombrosa le devolví ese gesto con un largo beso en la boca. Mi boca no tenía práctica en esas cosas y, sin embargo, se movía con un conocimiento perfecto de los besos profundos.

Me vi caminar por las calles de París del brazo del fotógrafo, reírnos mucho, cenar en un elegante lugar hablando francés, emborracharnos y terminar en la cama, haciendo unos movimientos y unos ruidos que hasta la fecha no comprendo cómo pude efectuar.

A media noche, cuando el fotógrafo se quedó dormido, discretamente saqué la mano del agua, con todo y los lentes. No hubiera sopor-tado su mirada después de semejante espectáculo. Salí del baño dispuesta a terminar el trabajo del día.

La experiencia del escusado me robó la tranquilidad. Traté de borrar lo que había vivido, totalmente aje-

no a la educación y a la moral, pero el escusado ejercía sobre mí una atracción irracional y no me permitía que pensara más que en meter la mano nuevamente.

Un viernes por la mañana, en un tiempito libre, entré al baño de la oficina decidida a acabar con esa obsesión absurda. Adentro encontré diez mujeres esperando turno así que pensé en regresar otro día.

Durante el fin de semana estuve al borde de la desesperación, arrepentida por no haber esperado o vuelto más tarde. Por más que intenté leer, ver las telenovelas, comer o dormir, el agua del escusado siempre llegó a inundar mi mente. Tratando de preparar una ensalada, lo único que logré fue un corte transversal en dos dedos de la mano derecha. El domingo por la noche tomé la determinación de utilizar mi propio baño y, sin pensarlo demasiado, introduje la mano izquierda, ya que prefería evitar cualquier infección en la herida.

Esta experiencia comenzó igual que la primera: la necesidad de mover los dedos, de introducir la mano lo más profundo posible, luego las imágenes recorriéndome el brazo, los sonidos y al final mi cuerpo, casi desnudo, tumbado al sol sobre la cubierta de un crucero por el Caribe.

Estaba con el pelo suelto revoloteando alrededor de mi cara al ritmo del aire, aparentemente dormida, sin importar el sol directo sobre la piel. De pronto un mesero se acercó con un whisky en las rocas. No me gusta el whisky, pensé que se habría equivocado, pero abrí los ojos, busqué un monedero debajo de la toalla, pagué y le di una propina excesiva.

Pasé horas enteras al rayo del sol hasta que recogí las cosas y me fui rumbo al camarote. En todos los pasillos la gente se acercó a buscar autógrafos que firmé sonriente, con unos garabatos del tamaño de la mitad de las hojas.

Abrí la puerta del camarote matrimonial. Sobre la cama descansaba un hombre rubio. Le sonreí con ojos sospechosos. El hombre abrió los párpados y estiró los brazos para tocar mi cuerpo semidesnudo. Puse el seguro de la puerta todavía con esa expresión cínica. Con pasos cortos me encaminé hacia los brazos del hombre.

Más tarde, saqué la mano del agua: estaba sudando. Era tardísimo, tenía que trabajar temprano al día siguiente. Pero antes de acostarme me unté suficiente crema acariciando todo mi cuerpo y me dormí con una sonrisa de placer desde que cerré los ojos.

Transcurrieron varios días sin mareas hasta que descubrí sobre el escritorio el trabajo atrasado de una semana. La tentación de volver a la taza presionaba tanto que no me permitía la concentración necesaria para trabajar, ni de ningún otro pensamiento. Al mismo tiempo, la idea de vivir la continuación de las escenas anteriores detenía esos impulsos peligrosos. Me imaginaba despertando desnuda al lado del fotógrafo o del hombre rubio, despeinada, con los ojos hinchados y sin saber qué decir. A pesar de todo era incontrolable la necesidad de hundirme en el escusado para siempre.

Después de siete noches de mal dormir, una mañana se me ocurrió

probar con un pie. Suponía que los pies brindarían nuevas posibilidades sin correr el riesgo de enfrentar una situación embarazosa.

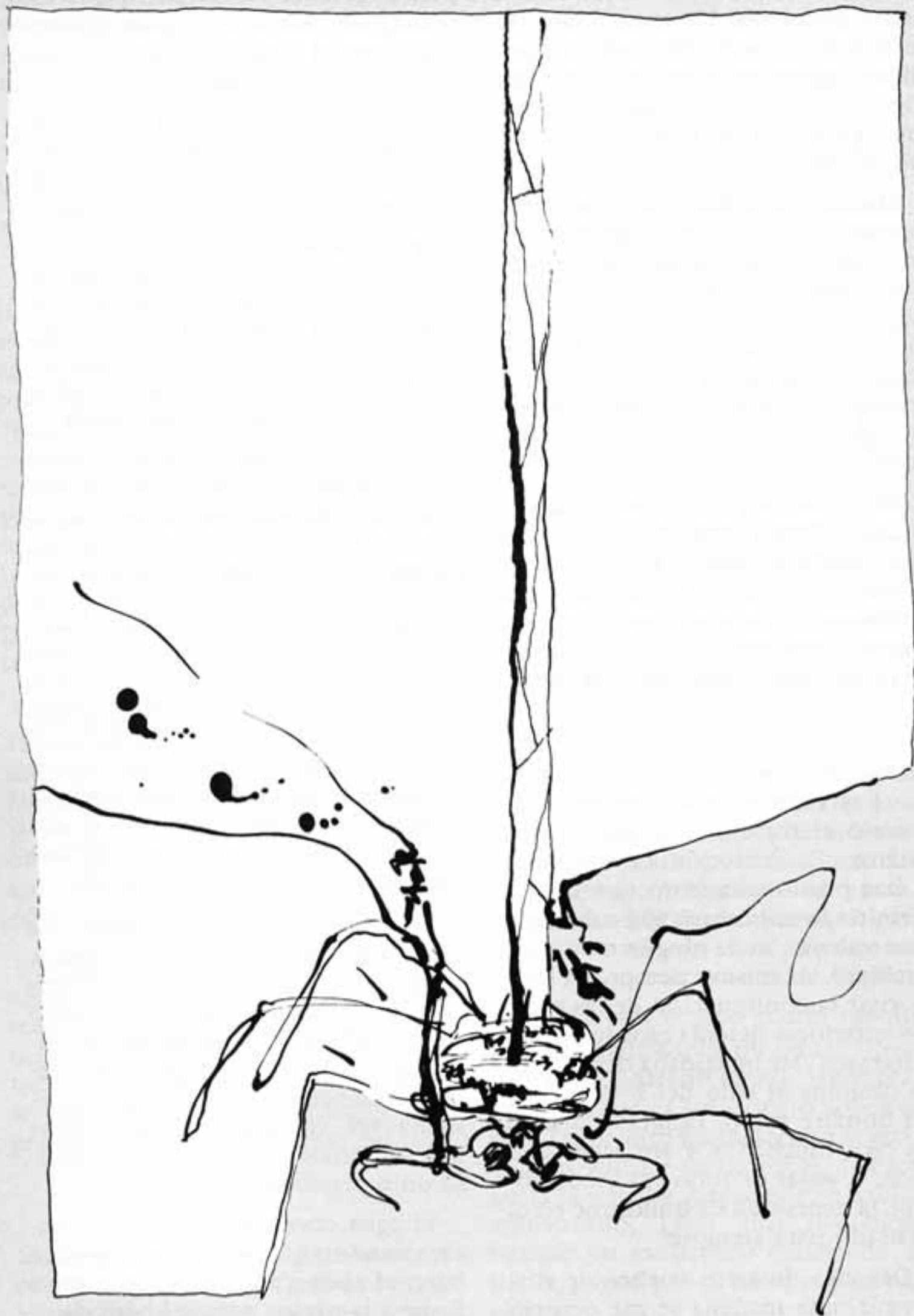
Me levanté y me vestí con unos pantalones arremangados por arriba de las rodillas. Metí primero el pie derecho, esperé quince minutos y no pasó nada. Intenté con el izquierdo, y tampoco. Coloqué una silla delante de la taza para sentarme e introducir los dos pies juntos. Así esperé media hora, pero no pasó nada. Hice la misma operación en la noche antes de acostarme. Nada.

Fue como si una lápida hubiera caído encima aplastando mi última esperanza. No me quedaban fuerzas para seguir. Sin esos momentos húmedos mi vida ya no tendría sentido.

Seguí sentada en esa silla hasta que se me ablandaron los pies. Finalmente decidí acostarme a esperar el sueño o la muerte y mientras desamarraba mi pelo, vi en la cola de caballo otra opción atractiva. En seguida me quité la blusa, acomodé un cojín delante del escusado y me recosté dejando caer el pelo dentro del agua, como en la peluquería.

Se humedecieron las puntas, un calor agradable llegó a mi cabeza, empezó a recorrer el cuello, el pecho, los brazos, se quedó latiendo en mi ombligo. La necesidad de entrar más al agua, de empapar las orejas, las imágenes borrosas que necesitaba ver claramente, los sonidos indescifrables y el calor, me impulsaron a presionar la palanca.

El agua corría mojándome la nuca, cuando vi, con la cabeza metida hasta el cuello, mi entrada con paso firme a la página roja del periódico.



Tercer lugar

QUÉ AGUADA ¿NO?

Eduardo Zanabria Martines*

Cubeta en mano, y en plena pista, Abelardo es interceptado por Socorro y su intrépido escuadrón de necesidades fisiológicas.

—Oye —media vuelta de Abelardo y— ¿puedo pasar al baño?

—No sólo puedes, sino que debes —pero Socorro, a pesar de la tierna cara de baboso que pone Abelardo, como diciendo “qué buen chiste ¿no?”—, ni ríe ni sonríe, antes bien, como que se compunge y casi regresa por donde vino si no es que Abelardo, —sinceramente arrepentido—, le aclara. Qué mal chiste ¿no? ¿Me creerías si te digo que lo dije sin querer...?

El baño es un cuarto chaparro sin aplanar, piso de concreto untado de lodo y moteado de papeles empapados (fuchi, qué cochinos, dice la comadrita, mientras posa su erizado trasero en el óvalo de la taza). Yace a un costado de la casa, también chaparra y sin aplanar, con una antena a modo de rosa de los vientos.

Abelardo vacía la taza, el agua se arremolina, la taza engulle y eructa sin discreción alguna. Olfateo riguroso y Abelardo considera soportable el olor, por lo cual invita a Socorro a pasar. Afuera, ya lo acecha su hermana Enriqueta.

—¿Otra vez tú? Te dije que dejaras que ellos lo hicieran, Abelardo.

—Es igual, Queta. Bueno, a mí me da lo mismo.

—Ni es igual ni da lo mismo. ¿Ya se te olvidó que la fiesta es de ellos? Tú no tienes por qué limpiar nada. Qué fregones ¿no?, ellos allá pa-

* ENEP, Acatlán.

rándose la cola y tú aquí acarreando agua.

Indefinible risita del hermano. Enriqueta tiene razón, pero él está aburrido y, además de bostezar, no halla otra cosa en qué ocuparse. Claro, le hubiera gustado ocuparse de dormir, pero con los invitados y la cumbia y el rocanrol ora sí que no dormiría como él sabe. Y además, Quetita trompuda, qué bien te sienta el berrinche, canija, si el tío y su prole gustan de hacerse de la vista gorda, bueno, pues allá ellos ¿no?

Apenas salida del baño, Socorro frena más que compungida, se bambolea nomás de pensar que Abelardo, paradote como menso a unos pasos, la ha observado por el cuadro de la ventana sin vidrio. A pesar de lo cual, sacando fuerzas de flaqueza, y sobre todo de la convicción de que no le queda otra, se acerca y pide la cubeta.

—¿Quieres agua?

—¿Tú qué crees? —pero la hosquedad socorriana se desinfla más rápido que pronto, apenada por su mala educación y su peor desagradecimiento, sin contar con que la luz del patio le pega de frente y, conciliadora, se apura a remendar el cortón—. No sirve la taza ¿verdad?

—Sí sirve, lo que no tenemos es tinaco —y Abelardo alza la vista, dándose cuenta que las estrellas hacen denodados esfuerzos por resplandecer.

—Con razón. Bueno, préstamela ¿no?

—No te apures, para eso estoy yo —raudo y eficiente, Abelardo entra ignorante del bache dubitativo en que atasca a Socorro, que mete

reversa-primera-reversa y mejor primera y sale, también entra.

—¿Es tuya?

—¿Cuál?

—La sangre.

—¿Cuál?

—Es sangre ¿no?

—¿Sangre?

—¿O a poco es mole?

—No... No sé...

Más agua y lo aconsejable es tapar la taza y asunto olvidado. Y recoger un pedazo de jabón que por regular (un día resbaló con uno al grado de amolarse tres dedos, un codo y otros huesos susceptibles) representa una amenaza.

—Como todo un chiquero ¿no?

—¿Eh?

—Esto —dice Abelardo, señalando el piso de un vistazo.

—Ah, no me había fijado.

Chaparro y estrecho, el baño se presta para una vaga pero envolvente intimidad, en la cual Abelardo descubre, qué raro ¿no?, la confianza con que bla bla bla y muy muy. Pero también atisba el embarazo de once meses, el bochorno de siglos que aflige a la pobre chava.

—Estás sangrando ¿verdad? 'Uta, qué pendejo de veras, cómo se te ocurre preguntar semejante cosa, ¿acaso no te conmueven esos ojitos que con las uñas se aferran al cuadro de la ventana celeste, en cuyo fondo reposa la uña de la luna?

Con oportunidad y buen gusto, en ese preciso momento irrumpe la cumbia salvadora y Socorro como que agarra aplomo y trata de despedirse.

—Gracias ¿eh?, nos vemos.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—Nos vemos.

—No sé, es un decir ¿no?

—Espérame, orita platicamos.

—No, ya me voy ¿eh?, nos vemos.

Ya frente a los bailadores, sentada y todo Socorro no deja de molonquearse, de removerse como si chinches iracundas y pudorosas le royeran el ánimo, pues considera que le hizo a la loca con el cuento de la cubeta, debió salir del baño y desaparecer a la voz de ya, qué importaba que vieran la sangre, si al cabo nadie la conoce, pero no, necia con que tenía que limpiar la taza. Si ese entrometido no hubiera estado ahí de metiche. ¿A quién se le ocurre andar de afanador en una fiesta?

El tío Tobías sale de la casa y se dirige al rincón donde Enriqueta y su novio bailan.

—Oye, Queta, ¿y Abe?, dónde anda que no lo veo.

—¿Lo buscabas?

—Sí, mira... ¿Sabes qué?, ya se acabó el... la bebida y quería ver si Abe nos hace el favorcito de ir a la vinat...

—Manda a uno de tus hijos, tío, Abelardo está ocupado.

—¿Ocupado? Ah, sí, no sirve la taza ¿verdad? Ah, qué caray... Oye, ¿y no podría dejarlo un momentito?, la vinatería no está muy lejos...

—¿Y tu nieve, de qué la quieres?

—¿Mi nieve? Ah, qué Queta, me encanta tu sentido del humor. Con permiso ¿eh?, veré si uno de mis muchachos quiere ir.

El tío se escurre entre las parejas, huyendo de los ojos barrenadores de Queta, que voluntariamente se traba del coraje e involuntariamente se recarga en uno de los postes que elevan la lona.

Abelardo regresa del baño y se detiene para aplicarse en la búsqueda

de Socorro. Tal como la ve en ese momento la recordará por mucho tiempo: sola y encorvada, apagada y endeble, tan reducida que parece que nunca nadie la ha sacado a bailar. A pesar de lo cual, o quizá por eso mismo, prosigue su marcha y se sienta junto a ella.

—Qué aguada ¿no?

—Sí ¿verdad?

Temeroso de meter la pata, pues su comentario se presta a confusiones, Abelardo se apresura a precisar.

—La fiesta.

—Ah.. yo pensé que...

—No, no lo dije por ti.

Hablan sin mirarse. Tienen la coartada de observar las evoluciones de los bailarines. De pronto, Abelardo bosteza abiertamente, como si pretendiera llamar la atención. De pasada, ve que allá en un rincón Enriqueta (manos-crispadas-aferradas-a-cuerda) y su novio discuten o parecen discutir. Quién sabe. Lo seguro es que el viento agita su melena y suma puntos al atractivo de que la provee el berrinche.

—¿Sabes bailar?

—Sí —pero al instante Socorro reniega del "sí", pues los dolores de la menstruación le han quitado las pocas ganas que tenía de bailar, y si Abelardo la invita tendrá que pretextar cualquier cosa, pero mejor al mal tiempo darle prisa—. Pero no me gusta.

—Ah.

Termina la sabrosa y no menos repetitiva Dinamita y en seguida gira el "Diseñador de música". Como si pretendiera llamar la atención (aunque inconscientemente, acota Socorro) Abelardo escupe en la cubeta y luego ofrece a Socorro un chicle.

—No, gracias.

—Aunque sea uno.

—No. De veras.

—¿Me lo vas a despreciar?

Por un momento, algo así como un batacazo de la caja de ritmos, sus miradas resbalan una sobre la otra, con la consecuente pérdida de equilibrio, que apenas les permite, torpes y atarantadas, caer sobre los chicles.

—Son de yerbabuena.

—¿Y si tienen toloache?

—Por eso.

Las parejas se aplican en el baile, sonriendo como entre nubes, quizá imaginándose en una pista reluciente y sudorosa, con luces multicolores y vapores de hielo seco. Abelardo bosteza de nuevo. De nuevo y de viejo, Abelardo bosteza, y allá en el fondo su campanilla repica silenciosamente. Por lo que Socorro se comprueba aludida y, aferrada a las cadenas de flores de papel que cuelgan bajo la lona, lamenta que su garganta se haga bolas en su afán de hilvanar la plática.

—¿Y tú, sabes bailar?

—Ni los ojos.

Socorro reprime su risa, pero la risa, irreprimible, salta la cerca y Abelardo, crecido, la espolea con no muy aguda socarronería.

—Pero no me gusta.

—No te burles —propone Socorro con madrugadora animación, que el chicle se encarga de elevar a la segunda potencia.

El diseñador termina de diseñar y las parejas se abalanzan sobre las sillas que, modositas, esperan ser utilizadas. Por la entrecala derecha, irreversible y sonriente, el tío se acerca a los chiclistas.

—Con razón me dijo Queta que estabas ocupado. ¿Por qué no bai-



lan? Oye, Abe, qué mal anfitrión eres ¿eh?, ándale, saca a bailar a tu amiga, ¿o es tu novia? No seas aguado, hombre.

—Nomás que empiece la otra, tío.

—Así me gusta, pamba al que no baile.

Tibia y pegajosa la sonrisa que Socorro embarra en la espalda del tío. Tibia y tristonosa sonrisa que no regatea su buena dosis de burla-desprecio. ¿Desprecio por quién?, ¿por mí o por el tío?, ¿o por los dos? pst, da lo mismo, y Abelardo paladea otra vez aquella cercanía, aquel confianzudo desenfadado que vio su primera luz en el baño.

—Vamos por unos chescos ¿no?

Abelardo entra a la casa y saca dos refrescos. El frío de la botella se une al del viento y da por resultado la carne de gallina de Socorro.

—Aquí espérame ¿no?, voy a echarle una ojeada al chiquero.

Junto a la puerta, por donde entran y salen invitados, y bajo el foco de la marquesina, Socorro descubre que no sabe qué hacer con el refresco ni consigo misma. No desea que se la trague la tierra, claro, pero por lo menos se sitúa desubicada, fuera de ambiente y de ritmo, extraviada en el barullo de una pachanga a la que asiste casi casi por obligación, por puro compromiso, mana, y entonces recuerda su propósito de largarse apenas pasara al escusado, y como no le cuesta nada enfocar el motivo que la tiene y la retiene ahí paradota como una perfecta babosa, escupe el chicle con soberano y olímpico desdén.

Abelardo ya regresa. "Orita retacho", informa el muchacho, y se sigue de largo, pero tan comedido como es, no tarda en volver. Pone la



cubeta en el suelo y, valiéndose de sus dientes, destapa los refrescos. Mientras bebe, por encima y al fondo de la botella Queta y su novio juegan o parecen jugar a "a que no me agarras", separados metafóricamente por una de las cuerdas que sujetan la lona. Vientos, berrinchitos, para qué amargarse la vida por unos seres tan queridos como éstos. El "éstos" coincide con el pregón del sonidero que, amplificado, anuncia el primoroso vals de la prima Chayo, mejor conocida como la quinceañera.

—Se acerca lo mero bueno.

—Sí ¿verdad?

Ensimismado, Abelardo realiza un extrovertido eructo; luego, aburrido, escupe el *Adams* estilo americano.

—¿Dónde conociste a Chayo?

—No la conozco. Bueno sí, desde hoy la conozco aunque sea de vista.

—Si quieres te la presento.

—Me invitó una amiga —Socorro flexiona un pie y cuelga hacia atrás la mano que sostiene el refresco— pero no vino.

—Ah.

—No me crees ¿verdad?

—No, sí. ¿Por qué no vino?

—No sé. Quedamos de vernos aquí, pero ya ves. Dijo que me presentaría a Chayo y unos amigos y no sé qué tanto... Bonita metida de pata ¿no?

—Así es, tanto que si no la metes nunca te hubiera conocido.

—Sí ¿verdad? —y su sonrisa repite limpiamente esa mezcla de tristeza y desprecio— ¿Es tu hermana?

—¿Chayo?

—Ajá.

—Es mi novia —pero Socorro echa mano de su incredulidad y Abe-

lardo tiene que reconocer que su ocurrencia no es tan risible. No te creas, es mi prima. ¿Quieres un refresco de otro sabor?

—No, es que... está muy frío.

—Si quieres lo pongo en mi sobaco, digo, para que se caliente.

—Gracioso.

Sinceramente apendejado, y temeroso de perder terreno, Abelardo recurre a la confidencia.

—Chayo y su familia viven a dos o tres cuadras de aquí (tú dónde vives ¿eh?), en una vecindad. Como no quisieron hacer su fiesta en patio ajeno, le pidieron a mi hermana el favorcito.

—¿Tu hermana?

—Es aque... ¿Dónde están? Ya se me escondieron.. Ahí está, en aquel rincón.

—¿Es su esposo?

—Su novio —dice Abelardo, medio extrañado por los extraños movimientos arrinconados de la pareja.

—¿Y tus papás?

—¿Mis papás?

—Ajá.

—Ya se murieron. Los aplastó el Hospital Juárez el día del temblor.

Por primera vez se miran de frente. En unos segundos, Socorro recorre la cara de oso chistosa y amarrada (quizá hubiera remado y echado migajas a los cisnes en el café claro de los ojos, pero un vistoso barro en la punta de la nariz la distrae y vuelca su travesía). Por su parte, juguetón y fiestero, el viento sacude el polvo y la somnolencia a la lona.

—Estuvo muy feo ¿no?

—Gachísimo.

—¿Y no los extrañas?

—Pues... la mera verdad, no.

Enriqueta todavía les llora, a veces, pero yo...

El "Danubio azul" fluye apacible y melancólico; los invitados aplauden y ovacionan los giros y caravanas de Chayo y sus chambelanes; Enriqueta y su novio se mantienen arrinconados y melosos; y Abelardo, mirando el perfil de escuincla desamparada que ostenta Socorro, se la imagina para siempre encorvada, para siempre friolenta, con un pie flexionado y el estorbo fresco en la mano. Desprende un enraizado suspiro, que hace voltear a Socorro y mirarlo como a la expectativa, cosa que Abelardo aprovecha para...

—¿Quieres ser mi novia?

Y el viento para, juguetón y fiestero, derribar la lona sobre la quinceañera y sus aclamadores.

Por este lado de la moneda, Socorro se mantiene firme; por el otro, con el pretexto de "me asusté mucho, mami", Chayo da rienda suelta a un rabioso caudal lacrimoso que arrasa con el puto viento, la pinche lona, el idiota de papá que no sabría ni amarrarse las agujetas y los estúpidos chambelanes que ni por equivocación se imaginan lo que es cumplir quince años una vez en la vida. Pero no tanto, pues en la boca socorriana se retuerce la mueca que engatuzo al pretendiente y lo hace pensar que lleva las de ganar y a modo de celebración bebe de un jalón el resto de su refresco.

No, mana, no se rompieron las cuerdas, el viento las desató, bueno, es un decir ¿no? Un decir, como los varios que, con seria aflicción, se sugieren a fin de explicar el desastre y, de pasadita, consolar a la inconsolable Chayo. Como por ejemplo: a lo mejor los traviesos chamacos afloja-

ron los nudos y el viento terminó de desatarlos, o el compadre no los apretó como se debe, cómo no, compadre, si les hice un nudo de marinero, o algún vecino envidioso se metió y, quién sabe, comadrita, quién sabe. Sea lo que sea, el tío Tobías encabeza el intrépido escuadrón que más rápido que pronto reinstalará la lona y entonces sí, a desagraviar a Chayo.

Por su parte, más enrachado que consternado, Abelardo ha tomado la decisión de no desviarse del tema.

—¿Qué dices? ¿Se hace o no se hace?

—Pobre Chayo, ¿verdad?

—Cosas que pasan.

—¿No vas a ayudarles?

—No. Estoy esperando tu respuesta.

—¿Eh?

—Que cuándo nos vemos.

—Es muy pronto ¿no?

—Pá luego es tarde, ya sabes.

—No... No sé... Di tú...

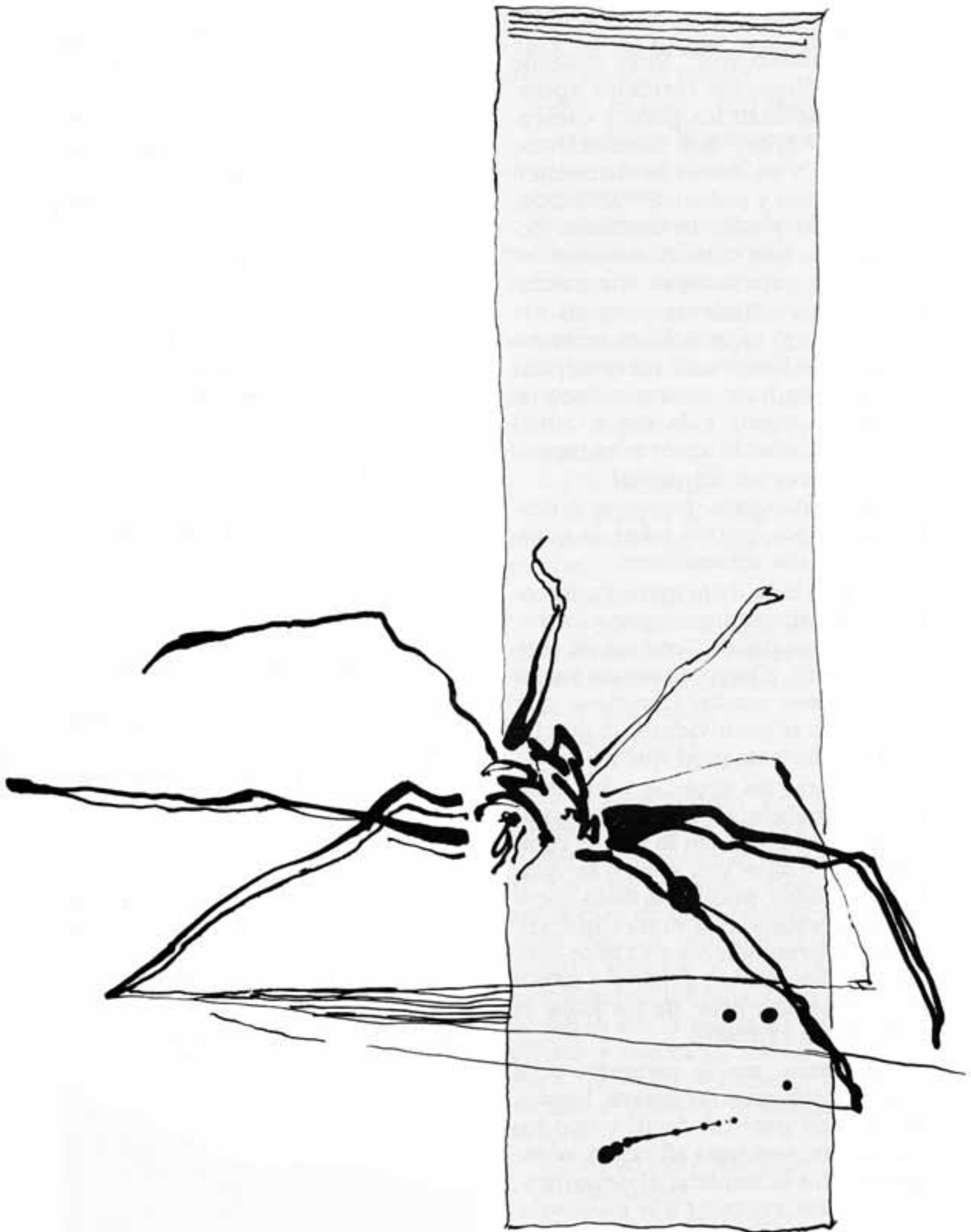
—Mañana si quieres, es domingo.

—¿Dónde?

—En... en el parque ¿no? ¿Puedes a las cuatro?

Socorro da el "sí" con la cabeza y el refresco en la mano; se va por la orilla del patio, cuidando de no estorbar al laborioso escuadrón. Abelardo se empina la botella cuando nota que su hermana lo mira, no sabe si le guiña el ojo por Socorro o por Chayito la Desgarrada.





Teatro

Primer lugar

EL VIAJE DE LOS CANTORES

(Texto dramático en un acto)

Hugo Salcedo Larios*

Para Adolfo Zúñiga con quien emprendí mi propio viaje, muchas veces cantando, y otras muchas, soñando.

En el momento en que nos acercamos, en el sueño, a lo que es verdaderamente real entre nosotros, en ese momento nos despertamos porque nos da miedo, y nos despertamos para seguir durmiendo.

Jacques Lacan

TRÁFICO HUMANO **

18 MEXICANOS MUERTOS AL INTENTAR PASAR A E.U.

Dpa, Notimex y Upi, Sierra Blanca, Texas, 2 de julio. Un vagón de ferrocarril herméticamente cerrado, bajo temperatura ambiente de 40 grados, se convirtió en una trampa mortal para 18 mexicanos que intentaban ingresar ilegalmente a Estados Unidos. Sólo sobrevivió Miguel Tostado Rodríguez, un joven de 24 años que logró abrir un agujero por dónde respirar.

El compartimento había sido sellado por fuera por un contrabandista de inmigrantes, quien al parecer no se percató de que el vehículo quedaba así herméticamente cerrado...

*Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Guadalajara.

***La Jornada*, viernes 3 de julio de 1987, p. 1.

NOTA PARA LA PUESTA EN ESCENA:

Para la puesta en escena, se sugieren tres caminos:

1.— Representación de tipo lineal: de la escena 1 a la 10, siguiendo el orden que guarda el presente libreto.

2.— En orden cronológico: tomando en cuenta las fechas y horas sugeridas antes de cada escena.

3.— Una puesta quizá más interesante será aquélla en la que, antes de cada representación, con o sin la opinión del público, se sorteen las diez escenas que integran el libreto, para conseguir combinaciones diferentes cada noche.

ESCENOGRAFÍA

Para un tratamiento realista, la escenografía deberá contar, al fondo, con uno de los vagones de la línea ferroviaria Missouri Pacific, con un corte transversal, por donde se podrá observar lo que dentro de él sucede. Hacia proscenio se irán integrando los elementos que requieren las escenas que no se desarrollan en el vagón.

Sin embargo, prescindiendo de escenografía "pesada", la obra bien puede desarrollarse frente a cámara negra, pero con un excelente juego de luces, y con el uso de algunos elementos de ambientación.

En cualquiera de los casos, los cambios deberán ser rapidísimos.

ITINERARIO DEL VIAJE

J U L I O DE 1987

D	L	M	M	J	V	S
	29	30	1	2	3	4
5	6	7	8	9		

Lunes 29 de junio, 10:30 hrs.

Sale un tren de la zona de Zacatecas, rumbo a Ciudad Juárez. Allí viajan 5 de los indocumentados.

Martes 30 de junio.

Llega el tren a Ciudad Juárez mucho antes de lo previsto. Los polleros ultiman detalles. Noche en Ciudad Juárez.

Miércoles 1° de julio.

Los 19 ilegales cruzan la frontera y llegan hasta El Paso, Texas. Abordan el vagón de la *Missouri Pacific Lines*. A las 17:00 hrs. sale el tren rumbo a Dallas. Por fallas mecánicas es necesario desviar el tren de carga a una vía secundaria. Noche de la tragedia.

Jueves 2 de julio, 7:00 hrs.

Miembros de la *Border Patrol* hacen la revisión de rutina al tren. Encuentran los cadáveres de los 18 asfixiados; sólo uno permanece con vida.

Viernes 3 de julio.

Aparece publicada la nota en los diarios del país.

Miércoles 8 de julio.

Inhumación de 6 de los cadáveres en Ojo Caliente, Zacatecas. Cerca de 20 mil personas acuden al cementerio. Hay demandas de empleo y de justicia por parte de los familiares y de los jóvenes asistentes; como siempre, aún no ha habido respuestas concretas a estas peticiones...

I. Varios meses después.

Es un terreno despoblado en Ciudad Juárez. Pasan de las 11 de la noche.

RIGO: Yo soy de Paredón de Artega, en Aguascalientes.

LAURO: Ya sabemos.

RIGO: Es que acá, tan lejos, me acuerdo de mi jefecita.

MARTÍN: Déjalo que cuente.

LAURO: Si ya sabemos su cuento. De pies a cabeza.

RIGO: Allá todos en algún momento, nos da por pasarnos al otro lado.

MARTÍN: ¿Y a quién no? Mejor vivir de pobres con los gringos, que de ricos en México.

LAURO: Eso sí.

MARTÍN: Nomás uno crece y emprende su propio camino.

RIGO: Una vez salimos cinco. Nos vinimos en camión hasta aquí, a la merita Ciudad Juárez. Yo también iba a pasarme. No traía papeles ni nada.

LAURO: Como todos.

RIGO: Tres de ellos se murieron. Yo no pasé. Ya ni me acuerdo de la fecha exacta, pero sí sé que era un día primero, por mediados de año. Me acuerdo porque ese día me rompí el pantalón con el que salí de la secundaria... es que había quedado de verme con una muchacha que trabajaba en un hospital, y como me dijo que a las ocho, y yo soy puntual... la acababa de conocer...

MARTÍN: Fúmate un cigarro. Así se nos quita el frío.

LAURO: Órale. (*Fuman.*)

MARTÍN: Oye, Rigo, ¿y el otro?

RIGO: ¿Cuál otro?

MARTÍN: El que quedó vivo de los que se pasaron.

RIGO: Ah, sí. Le decían el Gallo.

MARTÍN: ¿Ya no regresó de pollo?

RIGO: Qué va. Al contrario, mano. Ya es ciudadano, con papeles y todo.

LAURO: ¿Y cómo le hizo?

RIGO: Él no hizo nada.

MARTÍN: ¿Entonces?

RIGO: El mismo gobierno americano le ayudó a tramitar su residencia. Ya hasta tiene casa y trabajo seguro allá...

LAURO: Pues le fue bien.

MARTÍN: ¿Y nosotros cuándo?

LAURO: ¿Cuándo qué?

MARTÍN: ¿Cuándo tendremos los papeles?

LAURO: Tranquilo, calmantes montes.

RIGO: A mí ya me entró miedo. A veces amanecen unos como nosotros, flotando en el río, por el rumbo de Reynosa. A otros los balacean por San Luis. Toda la frontera está bien cuidada. Y más ahora.

MARTÍN: No te vas a rajar...

RIGO: Y hace poco... ¿no supieron? Un montón de muertos adentro del tren. Asfixiados.

MARTÍN: Es que ya les tocaba.

RIGO: ¿Y si nos toca a nosotros?

LAURO: Mejor piensa que los gringos nos van a poner casa y hasta trabajo nos van a dar, como a tu amigo, a ese que dices que le dicen el Gallo. Piensa en eso.

MARTÍN: No quieras regresarte...

RIGO: Quién sabe.

LAURO: Yo no. El que no arriesga no gana.

RIGO: Ojalá y ya llegue el martes para que nos alivianen ya a la pasada. Para no andar pensando más cosas.

MARTÍN: Dijeron que el martes, y el martes será.

RIGO: ¿Y si ya estamos tronados?

LAURO: ¿Qué traes, tú?

RIGO: Si ya, desde el otro día, al querer pasar la línea nos balacearon, y aquí estamos como pagando culpas...

LAURO: No juegues con eso.

RIGO: Todo puede ser posible. A lo mejor ya hasta me enterraron allá en Aguascalientes y yo aquí, creyéndomela que todavía estoy vivo.

MARTÍN: Mejor párale. Vas a ver que bien pronto, ya que consigamos nuestros papeles, cómo nos vamos a reír de la pinche migra.

LAURO: Los mandados nos van a hacer, y van a tener que protegernos como ciudadanos americanos, porque eso vamos a llegar a ser algún día.

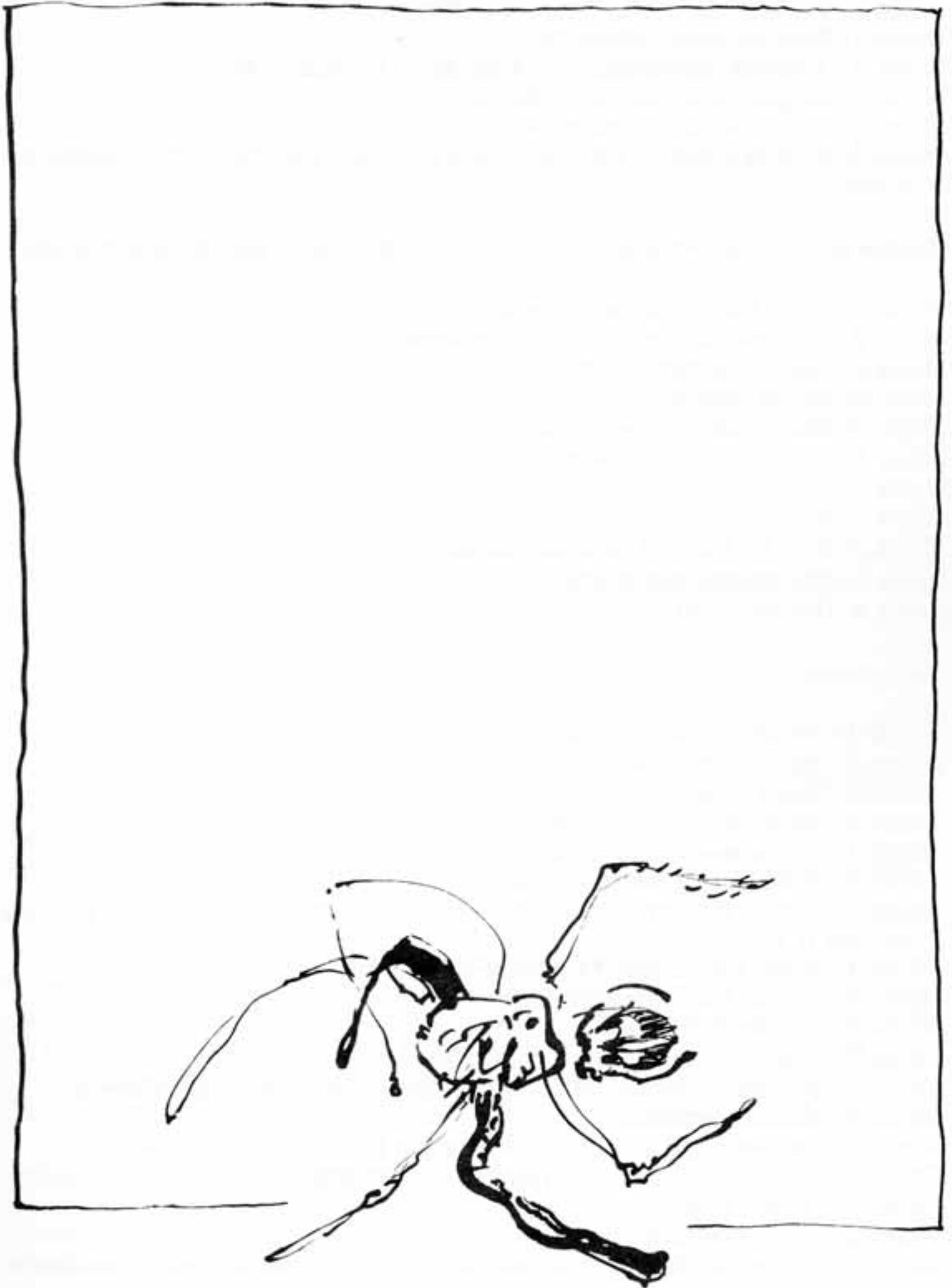
RIGO: ¿Y si es cierto esto que les digo?

Los tres se miran. El oscuro lentísimo hace que sus siluetas se desfiguren. Un silbato de tren, a lo lejos.

II. Lunes 29 de junio, 9 de la mañana.

La estación Ojo Caliente del ferrocarril. Hay mucha gente, bolsas, cajas de cartón, y algunas gallinas amarradas con un lazo.

MUJER 1: Ya amaneció.



Teatro

MUJER 2: ¿Ya?

MUJER 3: Hace rato.

MUJER 4: Ya lo habías dicho. Llevas horas repite y repite lo mismo.

MUJER 2: Primero diciendo: "ya mero amanece".

MUJER 1: Pues ya mero amanecía.

MUJER 4: Y ahora repitiendo: "ya amaneció, ya amaneció".

MUJER 1: Es que ya amaneció. ¿No ves?

MUJER 2: Eso ya todas lo sabemos.

MUJER 3: Es mejor hablar cualquier cosa que estar calladas como aquella de la orilla.

Lo dice por La Mujer 5 que efectivamente está callada, con la vista perdida.

MUJER 1: Si yo fuera ella estaría igual.

MUJER 2: Más vale callarse que decir porquerías.

MUJER 3: Que ni se atreva a abrir la boca.

MUJER 4: Eso sí. Mejor así.

MUJER 2: Más le valiera irse de aquí.

MUJER 3: Aquí no tiene a nadie.

MUJER 4: Ni tendrá.

MUJER 1: Ella tiene la culpa.

MUJER 2: Éste ha sido un pueblo tranquilo.

MUJER 3: ¿De dónde habrá salido?

MUJER 4: Del mero infierno, de dónde más.

Una pausa.

MUJER 1: ¿Y va a misa siquiera?

MUJER 2: Yo sí la he visto.

MUJER 3: ¡Pero cómo se atreve!

MUJER 4: No tiene corazón humano.

MUJER 1: De humano tiene mucho...

MUJER 2: ¿Qué quiere decir, comadre?

MUJER 1: Que en la noche se escuchan ruidos... ustedes saben, como mi casa da con la suya...

MUJER 4: Mejor habría que cambiarse de allí.

MUJER 3: No vaya a contagiarle alguna peste.

MUJER 1: Ni Dios lo quiera.

MUJER 2: ¿Qué contaba de ella, comadre?

MUJER 1: Que en la noche, ya recostándonos, comienzan las pujaderas ...

MUJER 3: ¡Ánimas benditas!

MUJER 2: (*Se santigua*) ¡Sagrado Corazón de Jesús!

TODAS: (*Hacen lo mismo.*) ¡Sin pecado concebido!

MUJER 4: ¿Y qué más?

MUJER 2: Sí, cuente todo, comadre.

MUJER 1: Desde que El Chayo la trajo a vivir con él, bueno, más bien desde

que le hizo su casita a un lado de la mía... pues ya ven que ni los suegros la quisieron. Yo no sé, eso dicen. Entonces, desde que somos vecinas, todas las noches, pero toditas, es un arremolinadero y una de susurros... Y no es que me asuste, yo como quiera, sé de esas cosas... bueno, sabía...

MUJER 2: Pero las criaturas, con esas clases a domicilio, ¿qué se puede esperar?

MUJER 3: Hable con ella, o dígale al señor cura para que él hable.

MUJER 1: Si ya lo hice. Yo misma se lo dije.

MUJER 4: ¿Sí?

MUJER 1: Ya me conocen. Fui a su casa y le dije que nadie le iba a dirigir la palabra mientras no se matrimoneara con El Chayo, que estaba muy mal visto eso de arrejuntarse así nomás porque sí. Que parecía como si hubiera venido huyendo de sabe dónde. Y que, pues, guardara compostura en las noches con su marido —bueno, no sé si llamarle así— ... Le dije que no fuera tan escandalosa, que los niños se despertaban y...

MUJER 2: ¿Y qué le contestó, comadre?

MUJER 1: Había estado muy calladita, muy cabizbaja, como ahorita, y que voltea a verme a los ojos y que me grita: "¡Envidiosa, mitotera. Primero atienda a los suyos. Primero cuide que sus escuincles no coman lombrices y esquilines, antes de meterse en lo que no le importa!"

MUJER 2: ¡Virgen santísima!

MUJER 3: Era de esperarse.

MUJER 4: ¡Al infierno derechito el día que se muera!

MUJER 1: A mí como que me da lástima. Y más ahora, con esa panzota. Se va a quedar sola.

MUJER 3: Se merece eso y más.

MUJER 2: Por sangrona.

MUJER 4: Nadie va a querer ayudarle en el parto.

MUJER 1: Por eso está tan callada. No quería que El Chayo se fuera, por no quedarse sola.

MUJER 2: Pero El Chayo es amigo de mi hijo. Él fue quien lo convenció.

MUJER 3: Lo bueno es que nosotras tenemos muchos hijos.

MUJER 4: Dios nos ha bendecido.

MUJER 2: Así, mientras se nos van unos al norte, nos quedamos aquí viendo crecer a los otros.

MUJER 1: Ojalá se acomoden pronto a trabajar.

MUJER 2: Va a ver que sí, comadre. Usted no se ponga triste. Ya ni yo que tengo la más grande en Chicago y dos en los Ángeles. Éste que se va es el cuarto.

MUJER 3: Yo nomás tengo uno en Chulavista, y éste que se quiso ir para Dallas. Yo le decía que se fuera a California, con su hermano. Pero no quiso, nunca se pudieron ver bien. Quiere hacer lo suyo por su lado.

MUJER 4: Pues está bien. Por eso son hombres. Y jóvenes, con toda una vida por delante.

MUJER 1: ¡Miren quién viene allí!

MUJER 2: ¿Quién es?

MUJER 3: Es El Chayo.

MUJER 4: ¿Y los demás?

Teatro

MUJER 1: No han de tardar, están aprovechando que no ha llegado el tren para despedirse.

MUJER 2: Tan buen muchacho que era El Chayo.

MUJER 3: Pero nomás conoció a ésta y se echó a perder.

MUJER 4: Ahora ya ni nos habla.

MUJER 3: Pues a mí sí.

MUJER 2: ¿Qué le da?

MUJER 3: Ay, bueno fuera... digo... ¿Cómo creen?

Entra El Chayo. Tiene 23 años. Avanza hasta La Mujer 5 y se abrazan largamente, en silencio.

MUJER 1: Mire nada más.

MUJER 2: Parece la pura verdad.

MUJER 3: Nomás falta y ella esté fingiendo, nada más para que El Chayo se vaya a gusto, y entonces comience con sus coqueterías.

MUJER 4: No lo dudo ni tantito.

MUJER 3: Aunque, coquetearle ¿a quién? Este pueblo cada vez se queda más solo.

MUJER 2: Mujeres... puras mujeres solas por todos lados.

MUJER 1: Mujeres... mujeres corriendo a la estación del ferrocarril.

MUJER 4: Mujeres corriendo a la oficina del correo.

MUJER 3: Mujeres durmiendo solas.

MUJER 2: Mujeres metiéndose el dedo mientras lavan la ropa.

MUJER 1: (*Asustada.*) ¡Comadre!

MUJER 2: No se haga la tonta, que ya la he visto.

MUJER 1: ¡No es cierto!

MUJER 3: Mejor cállese.

MUJER 2: Mejor apriétese un pezón, cuando nadie llega por la estación del ferrocarril.

MUJER 4: Mejor muérdase la lengua, cuando no hay carta en el correo.

MUJER 3: Mejor tráguese la mierda, que llorar cuando el hijo se casa allá y ya no regresa.

MUJER 1: Mejor meterse el dedo, mejor apretarse un pezón, mejor morderse la lengua, mejor tragarse la mierda, mejor...

Un gran silencio. Las mujeres queean petrificadas.

MUJER 5: Chayo...

EL CHAYO: Voy a regresar.

MUJER 5: Chayo...

EL CHAYO: Son sólo unos meses. Y no voy solo. Allí van también los muchachos. Sé cuidarme. Nomás me instale y te mando decir, te mando la dirección para que me escribas, y te mando unos poemas. No pasa de la primera semana y te escribo la primera carta. Ten confianza. Cuídate para que el

niño nazca bien. Vas a ver. Va a estar así de grandote, y va a ser un mujeriego de primera... Pero tienes que estar bien, muchachita.

Se escucha de pronto el ruido de la locomotora que se acerca. Gran bullicio en la estación. La gente se levanta, agarra sus bultos y se alista.

MUJER 1: ¡Ya llegó!

MUJER 2: Aquí está ya.

MUJER 3: ¡Por fin!

MUJER 4: ¡Acá vienen ya los muchachos también!

MUJER 1: ¡Apúrense para que agarren buen lugar!

MUJER 2: ¡Córranle!

MUJER 1: Ya me dieron ganas de llorar.

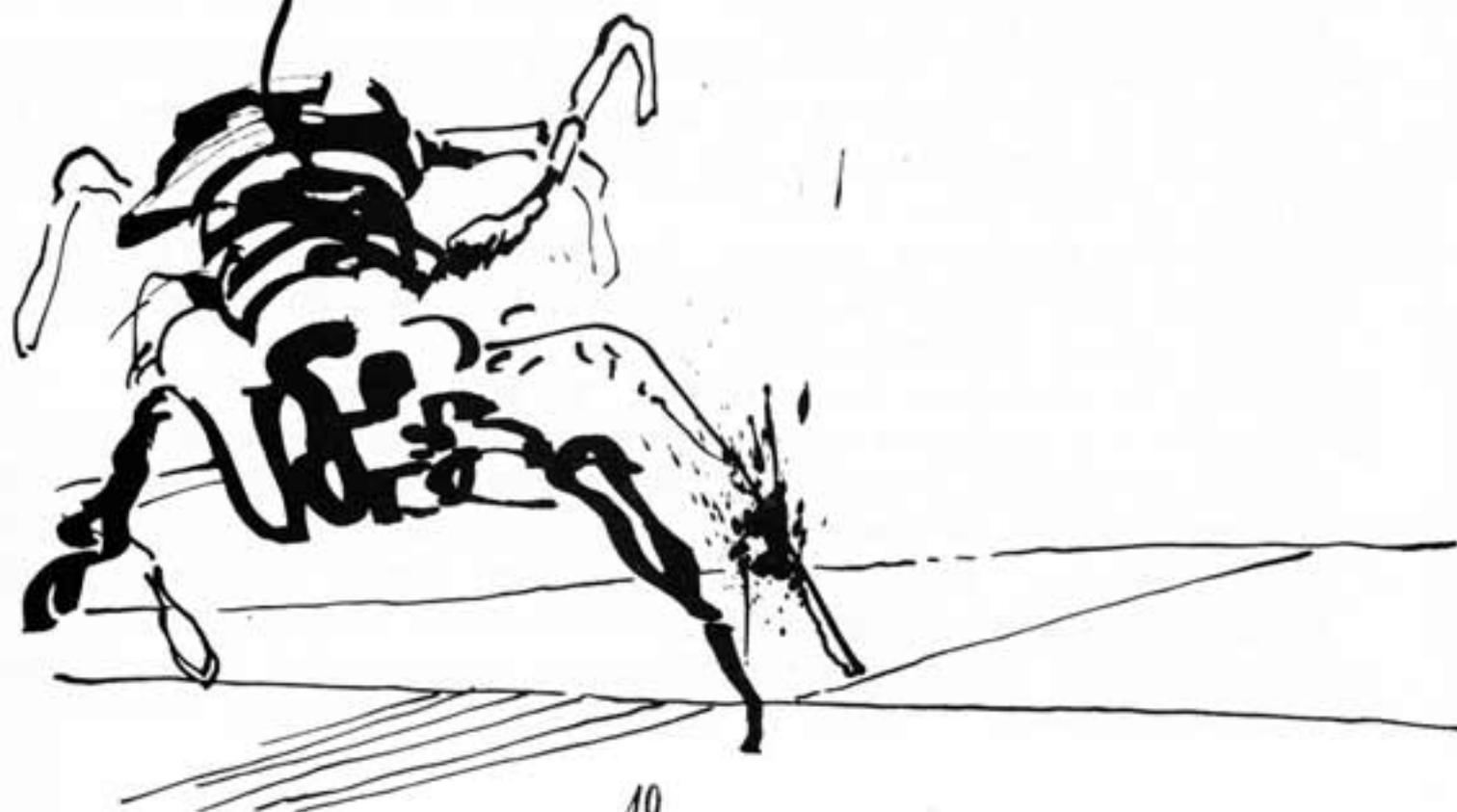
MUJER 2: Ánimo, comadre.

MUJER 3: ¿Traes el pantalón que te lavé? ¿Lo encontraste? No vayas a olvidarlo.

EL CHAYO: Ya está aquí. Nos veremos pronto, vas a ver.

MUJER 5: ¿Cuándo?

No hay respuesta.



III. Martes 30 de junio, 10 de la noche.

En Ciudad Juárez, una esquina con muy poca iluminación. Allí están El Gavilán Pollero y El Mosco. Los otros son seis ilegales, entre ellos El Chayo.

EL GAVILÁN POLLERO: Tienen que ponerse muy truchas y hacernos caso en todas las indicaciones que les demos. Si hay algún problema, o si a última hora nos caen y agarran a alguien, allí ya no respondo. ¿Está claro?

TODOS: Sí. Está bien. Sí. No hay cuete. Como digas.

EL GAVILÁN: Así me gusta. Sean obedientes y no habrá tos.

EL CHAYO: ¿No hay riesgo de que nos quedemos encerrados adentro del vagón y nadie vaya a abrirnos?

EL GAVILÁN: De que tiene su riesgo, lo tiene. Pero eso de quedarse encerrados, no, porque precisamente ése es el chiste. Los de la *Border Patrol* no tienen manera de abrir el vagón, no lo tienen permitido.

EL CHAYO: ¿Y si se nos atora la puerta?

EL GAVILÁN: El Mosco es experto en eso. Él sabe cómo abrir.

EL MOSCO: Nomás tienen que guardar silencio.

EL GAVILÁN: Eso. Ya entrando a Dallas y El Mosco... éste es mi ayudante El Mosco. ¿No se los había presentado, verdad?

EL MOSCO: Qué onda.

TODOS: Hola. Mucho gusto. Ya lo conocíamos. Él fue el del conecte. Buena onda contigo.

EL GAVILÁN: Pues El Mosco les dirá a qué horas brincar del vagón. Acuérdense que tienen que entregarme para mañana antes de salir, las 50 bolas; y allá, llegando, le dan las otras 50 al Mosco. Eso es para que vean que todo es derecho.

EL ILEGAL: Yo te había dicho que nada más tenía 80 y me dijiste que no había pedo.

EL GAVILÁN: ¿Te dije? Ya ni me acuerdo. (*Enojado.*) ¡No, señores! Les sale en 100 el boleto o no hay trato.

EL ILEGAL: Pero, Gavilán. Ya no traigo más. Allá acomodándome y te los mando.

EL GAVILÁN: ¿Y qué dijiste? A éste me lo hago buey. ¡Ni madres! Así no se puede. O los consigues o no hay viaje.

EL ILEGAL: ¿Y aquí cómo le hago?

EL GAVILÁN: Es tu bronca, maestro. Tú sabes tus rollos. Ah, se me olvidaba. El dinero no lo quiero en moneda mexicana. Van a tener que dármele en dólares. ¿Ya se los había dicho, no?

TODOS: Sí. Ya sabíamos. Ya los cambié. Yo ya los tengo.

EL GAVILÁN: Y si agarran a alguien, olvídense que me conocen. Aunque nos veamos en la calle, se esperan unos días para que volvamos a tratar. Nada que me conocen. Ni madres que se les ocurra decir que yo soy El Gavilán Pollero. Porque... sus caras no se me olvidan. Tengo algunos conocidos... y pudieran causarles broncas. Se los advierto.

TODOS: Está bien. Buena onda que nos digas. No hay pedo. Órale. Ya vas. Un trato es un trato.

EL GAVILÁN: Pues no sé si haya otra cosa que tratar...

EL CHAYO: ¿Nos decías que otro grupo también va a irse con nosotros?

EL GAVILÁN: Ah, sí. Son como unos cuatro o cinco más. Para que convenga hacer el viaje tienen que ser cerca de diez, por lo menos.

EL CHAYO: ¿No somos muchos? Digo, por el espacio en el vagón.

EL MOSCO: Mira, eso es si quieres. A nadie se le obliga. Ya se nos agotaron los boletos de Pullman y de Primera Especial.

EL GAVILÁN: Eso es lo único que podemos ofrecerte. Piénsalo. Piénsenlo hoy en la noche. Si no les parece, pues no se presenten y ya. Aunque te diré que es mejor un vagón del tren que ir encajuelado. Es en serio. Y es mucho más barato. Vete a Tijuana y allí te cobran 300 o 350 por boleto. Así anda la cosa esta.

EL CHAYO: Está bien pues. Ni hablar.

EL GAVILÁN: Entonces ya está. Váyanse a dormir y mañana nos vemos donde quedamos. Van a tener que correr un tramo, hasta llegar a las vías del tren en El Paso, así que mejor ni traigan bolsas de ropa o de comida porque ustedes solos las van a ir tirando en el camino. Hagan caso de lo que les digo. Es mejor. Entonces, allí la vemos mañana.

TODOS: Está bien. Órale. Hasta mañana. Nos vemos, Mosco.

Se van todos, incluyendo El Chayo.

EL MOSCO: Ese vale se está rajando.

EL GAVILÁN: ¿Tú crees? Se ve buen chavo.

EL MOSCO: Mejor a ése ni lo llevamos, no vaya a ser.

EL GAVILÁN: No te asustes, Mosco.

EL MOSCO: Nunca me había sentido así. Algo me huele mal. Algo no checa.

EL GAVILÁN: Ya lo hemos hecho muchas veces.

EL MOSCO: ¿Por qué le pone tantos peros al asunto? ¿A ver? ¿Por qué?

EL GAVILÁN: Así hay algunos de respingones pero ya verás cómo cambian. La vida es muy dura por acá, mi Mosco. Y más cuando estás tú tan solitario por el norte, con el frillazo y sin tu familia. Sin nadie. Sin nada. Es gacho, Mosco.

EL MOSCO: A eso te acostumbras.

EL GAVILÁN: Pero te cuesta un güevo, ¿o no?

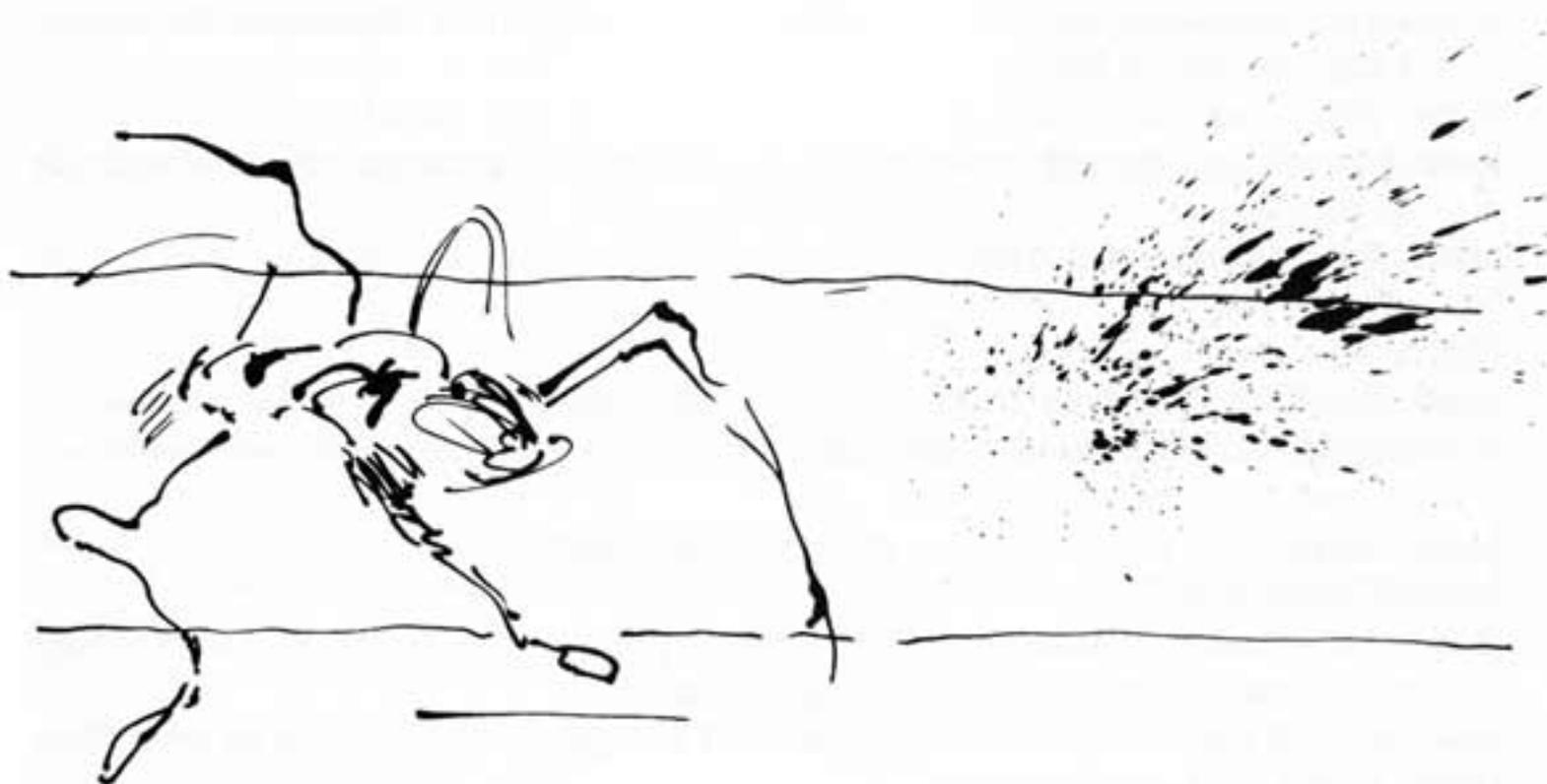
El Mosco se encoge de hombros y sale de escena sin contestar.

IV. Jueves 2 de julio, 4 de la tarde.

Interior de una pequeña oficina. Sobre una silla, desfallecido, El Miqui.

EL MIQUI: Ya lo dije todo, señor. ¿Por qué no quiere creerme que estoy di-

ciendo lo que sé y lo que vi? Me llamo Miguel Tostado Rodríguez, pero todos me conocen como El Miqui. Así me han dicho desde que me acuerdo. Primero en la casa, mis hermanos y mis papás, luego en el barrio, con los compas. También en la escuela me conocían como El Miqui. Llegué hasta primero de secundaria porque me expulsaron. No tengo novia y me gustan mucho las películas de aventuras, de narcos y esas ondas. ¿Qué más quieren que les diga? No sé qué más pueda ser de su interés. Adentro del tren conocí algunos muchachos, nomás de vista porque no me pude aprender sus nombres. Éramos muchos, como quince o veinte. Allí había uno al que le decíamos El Mosco, ése fue el que nos metió al vagón. A ése le íbamos a pagar la otra mitad cuando llegáramos. Pero nunca llegamos. Otro de los de nosotros le decían El Timbón porque estaba muy gordo. A otro, El Chayo. Éste escribía. Allí nos leyó unos versos que había compuesto. Son los que venían anotados en la libreta que ustedes me enseñaron hace rato. Si ya todo lo saben, ¿qué más quieren que les cuente? ¿O es que quieren que me ponga a inventar pendejadas? ¿Es eso lo que quieren? Un cuate traía una armónica y sabía tocar algunas cosas. Le puso música a los poemas del Chayo y todos nos pusimos a cantar. Era una música muy madreada. Todos cantábamos como para pasar el rato y como para no pensar en otras cosas. No sé a qué hora sería. Nunca me ha gustado usar reloj. De vez en cuando alguien prendía un encendedor y podíamos verle la cara. Tenía unos ojos saltones como de miedo. Eran como las dos o tres de la tarde cuando nos metimos al vagón. Allí en la puerta nos dejó el otro, nos dijo que si nos agarraban los de la migra, no dijéramos su nombre ni cómo le decían. El Mosco le dijo Gavilán. Sí. Él era El Gavilán Pollero. Él nos acompañó hasta el tren y allí nos despedimos. Él se fue, se ha de haber regresado. Adentro comenzamos a cantar hasta que en la tardecita comenzó a caminar el tren. Hacía mucho calor, mucho. Lo primero que me quité fue la camisa, luego los pantalones. Hacía mucho calor. Ya estaba oscuro cuando el tren se paró para siempre. Ya no caminaba y nunca llegaríamos. El Mosco se daba vueltas como león enjaulado. Se comenzó a preocupar y nosotros también. Le comenzamos a gritar de cosas. Eso no nos había dicho, que era muy peligroso. Por eso ya no le íbamos a dar los otros 50 dólares del trato. Se encabronó y se puso a gritar de cosas. Todos gritaban a oscuras sin importarnos ya si nos oían los de la migra o no. Quién sabe quién se le aventó al Mosco y luego todos a patearlo en el suelo. Mucho rato estuvimos patada y patada, hasta que se sofocó el aire y ya no podíamos respirar. Comenzamos a golpear por todos lados. Yo traía una navaja y trataba de abrir un agujero. Comenzaron todos a jalonearse las ropas y los pelos. A mí me dio chorro, mucho chorro espeso. No me di cuenta hasta después. Muchos comenzaron a gritar de chingaderas. Éramos como unos veinte o treinta, todos gritaban y corrían. Estábamos empapados. Otros se abrazaron y estuvieron llore y llore. ¿Qué más puedo contarles? Yo pude hacer un agujerito y pegué allí la boca. Eso fue fácil porque el piso estaba enmohecido. A nadie le dije porque me hubieran quitado de allí. A nadie, ni a El Chayo, el de los versitos, ni al Mosco que estaba con la cabeza toda rajada, ni al desconocido... un



desconocido que llegó cuando ya iban a cerrar la puerta. Pagó su cuota. Ése no habló con nadie. Ni se movió. Ése también está muerto, ¿verdad? ¿No me oyen? ¿Por qué no me contestan? Ya lo he dicho todo ¿Por qué no me dicen algo, que estoy vivo? Díganmelo. Una sola vez. Necesito saberlo ¿Hay alguien allí? ¿A dónde se fueron todos? No me hagan esto... Todos me conocen como El Miqui. Así me dicen desde chico. ¿Qué más quieren que les cuente?

Miguel sigue hablando y preguntando. Nadie le contesta.

V. Jueves 2 de julio, 11 de la mañana.

En una plaza de Ciudad Juárez. Hay una banca y algún vendedor de paletas. Atrás se ven los puestos de fayuca.

JOSÉ BELEM: Son ya las 11 de la mañana y nada.

JESÚS: ¿A qué hora te dijo que venía?

JOSÉ: A las diez. Llevamos ya una hora.

JESÚS: Se habrá confundido de lugar, o de hora.

JOSÉ: ¿Tú crees? Si de eso viven los desgraciados.

JESÚS: ¿Entonces?

JOSÉ: Pues no sé. *(Una pausa.)* ¿Te di ya la dirección del tío?

JESÚS: Sí.

JOSÉ: Llegas con él. Ya sabes. No habrá problema. Ni con él ni con su señora.

Él te puede acomodar en la fábrica. Él sabe cómo está la movida. Y si te agarran, ya sabes, no des tu verdadero nombre ni tu dirección. Es mejor. Así no pueden ficharte.

JESÚS: ¿Por qué nunca has querido tú pasarte al otro lado?

JOSÉ: Porque no. Ya me acostumbré a vivir aquí. Ya me acomodé a trabajar y ni modo.

JESÚS: Ganarías mucho más.

JOSÉ: Puede ser.

JESÚS: Tú sabes tus cosas.

JOSÉ: Saca la bolsa, para que te la vean los polleros. Por si acaso el otro no viene. (*Jesús saca de su pantalón una bolsa de plástico.*) Con eso te entienden que quieres pasar el río.

JESÚS: Amaneció muy crecido. Como encabritado.

JOSÉ: Tienes miedo.

JESÚS: Me conoces. Aunque hace tiempo que no nos veíamos, sabes cómo soy. No es por miedo si no ni estaría aquí.

JOSÉ: Ellos te dan una llanta. Así te pasan. Ya llegando al tren todo es muy fácil.

JESÚS: Ojalá no nos retachen.

JOSÉ: Si te agarran no pasa de eso: que te regresen. Conozco un señor que lleva meses intentando pasarse y siempre lo regresan. En la garita ya hasta lo conocen. Parece como que lo hace ya nomás por deporte.

Entra El Gavilán y se les acerca con cautela.

EL GAVILÁN: Buenos días.

JOSÉ: Buenos...

EL GAVILÁN: (*A Jesús.*) Guárdate la bolsa.

JESÚS: ¿Qué?

JOSÉ: Que te guardes la bolsa, ya estuvo. (*Jesús lo hace.*)

EL GAVILÁN: Me dicen el Gavilán, trabajo con El Mosco. Me dijo que se habían quedado de ver aquí.

JESÚS: Desde la diez.

EL GAVILÁN: Pero no pude estar antes.

JOSÉ: Yo me llamo José. Y él es Jesús, mi hermano.

EL GAVILÁN: Así que tú eres el maestro de la secundaria de aquí de Juárez.

JOSÉ: Sí.

EL GAVILÁN: El Mosco me ha hablado de ti.

JOSÉ: Nos conocemos de hace mucho.

EL GAVILÁN: Qué se me hace que tú eres el maestro de mi hija.

JOSÉ: No sé si ella estudie en la secundaria donde yo trabajo.

EL GAVILÁN: Sí. Sí está. Yo sé en cuál escuela es donde das clases. Ya te he visto.

JOSÉ: ¿Por qué no llegó El Mosco?

EL GAVILÁN: Es que ayer hubo viaje. No ha regresado.

JESÚS: ¿Y hasta cuándo es el otro?

EL GAVILÁN: El sábado. Pasado mañana.

JESÚS: ¿Hasta el sábado?

EL GAVILÁN: Son dos días. Vete a una cantina y se te pasan como agua. No podemos abusar de los viajes porque nos caen. Así, salteaditos los días y no hacemos ruido.

JESÚS: Está bueno.

EL GAVILÁN: ¿Ya le advertiste que no cargue más que la ropa que lleve puesta?

JOSÉ: Ya.

EL GAVILÁN: ¿Y de que si lo agarran ni se le ocurra dar mi nombre porque puede haber pleito?

JOSÉ: También.

EL GAVILÁN: Entonces ya está el asunto arreglado. No vemos el sábado con la lana. (*Va a salir.*) Y mejor no desayunes porque tal vez haya entrenamiento para las olimpiadas. (*Se va.*)

JESÚS: ¿Qué es lo que quiso decir?

JOSÉ: Es que a veces se desinfla la llanta y tienes que aventarte nadando por el río.

JESÚS: Pero yo no sé nadar.

JOSÉ: O cuando menos flotar mientras ellos llegan y te sacan.

JESÚS: ¿Siempre sucede eso?

JOSÉ: A alguien le pasa. Cuando no es eso, entonces es al llegar a la orilla. Tienes que correrle porque si no ellos te dejan. No te les despegues y ya. (*Pausa.*) ¿Quieres una cheve? (*Jesús afirma con la cabeza.*) Aquí hay muchos lugares dónde tomar, y no los cierran más que cuando hay una bronca adentro y vienen y los clausuran. En el día o en la noche, siempre están abiertos.

Van saliendo cuando entran dos agentes judiciales y los enfrentan.

JUDICIAL 1: Hey, ustedes.

JOSÉ: ¿Qué pasó?

JUDICIAL 2: Tú. Cómo te llamas.

JESÚS: Jesús.

JUDICIAL 2: Jesús qué.

JOSÉ: López.

JUDICIAL 2: A él le estoy hablando.

JESÚS: Jesús López.

JUDICIAL 2: De dónde eres.

JESÚS: De Jalisco.

JUDICIAL 2: ¿Y qué andas haciendo por acá?

JESÚS: Vine de visita.

JUDICIAL 2: ¿A quién visitas?

JESÚS: A mi hermano.

JOSÉ: Yo soy su hermano.

JUDICIAL 2: ¿Y tú dónde vives?

JOSÉ: Aquí cerca. Por General Arteaga.

JUDICIAL 2: ¿Qué haces?

JOSÉ: Doy clases en una secundaria. Soy maestro.

JUDICIAL 2: ¿De qué? Si se puede saber.

JOSÉ: De español.

JUDICIAL 2: Ah, vaya. De español. Te iría mejor si dieras clases de inglés. Pero de español...

JUDICIAL 1: ¿Traes identificación?

JOSÉ: Aquí está. (*Muestra una credencial que ellos observan detenidamente.*)

Bueno, ¿y por qué tanta pregunta? ¿Qué hemos hecho o qué?

JUDICIAL 1: A ti te han visto hablando con un cuate.

JOSÉ: ¿Cuál de todos? Tengo muchos.

JUDICIAL 1: ¿Conoces a un tipo que le dicen El Mosco?

JOSÉ: Nos conocemos desde hace tiempo

JUDICIAL 1: ¿Desde cuándo?

JOSÉ: No sé. Un año. O dos.

JUDICIAL 2: ¿Sabes en qué trabaja?

JOSÉ: Nunca me ha dicho.

JUDICIAL 2: ¿Y sabes en dónde o con quién.

JOSÉ: Lo que sé es que es casado y ya. No conozco ni a su esposa ni a sus hijos. Nunca me ha hablado de ellos.

JUDICIAL 2: (*A Jesús.*) Y tú ¿Lo conoces?

JESÚS: ¿Yo? Nunca lo he visto.

JUDICIAL 1: No lo niegues.

JESÚS: Deveras que no.

JOSÉ: Él no lo conoce. Acaba de llegar.

JUDICIAL 2: ¿Y por qué no se lo has presentado?

JOSÉ: Porque... no sé por qué. No ha habido tiempo.

JUDICIAL 2: Él podría conectar a tu hermano para llevarlo al otro lado.

JOSÉ: ¿El?

JUDICIAL 1: No te hagas.

JUDICIAL 2: Lástima que ya no pueda hacerles un trabajito de esos.

JOSÉ: ¿Por qué?

JUDICIAL 2: Hoy por la mañana lo encontraron todo despedazado adentro de un vagón de ferrocarril. Bueno, algunos creemos que es él. Parece que hubo un pleito entre los ilegales y se lo echaron cuando estaban encerrados. Lo malo es que a los demás también se los llevó Judas. Se murieron asfixiados. Dieciocho muertos.

JUDICIAL 1: (*A Jesús.*) A que tú también querías pasarte en el tren.

JESÚS: No...

JUDICIAL 1: ¿Entonces quién era con el que estaban hablando hace rato?

JESÚS: No lo conocemos.

JUDICIAL 2: ¿Cómo se llama?

JESÚS: No dijo su nombre.

JUDICIAL 1: Vale más que vayan pensando en soltar la lengua.

JUDICIAL 2: Ahora tendrán que acompañarnos.

JOSÉ: ¿A qué? ¿A dónde?

JUDICIAL 2: Tú conocías al Mosco. Vamos a ver si se trata de él. Acompañanos para que lo reconozcas.

Viñeta

Tercer lugar

Leonora González Torres



JOSÉ: No me acuerdo mucho de él. Tenía tiempo que no lo veía.

JUDICIAL 2: Vas a tener que hacer memoria. Tiene la cara desbaratada.

JUDICIAL 1: Dieciocho muertos... ¿Son muchos, no?

Salen de escena. Los dos hermanos se miran a los ojos sorprendidos por lo que han oído.

VI. Miércoles 1° de julio, 6 de la tarde.

Interior del vagón. Todo se encuentra en penumbras. Adentro están los 19 indocumentados, entre ellos El Mosco, El Timbón, El Miqui, El Noé y El Chayo. Entre las sombras, de pie, se ve también la figura del Desconocido: es delgado, usa barba y melena.

EL TIMBÓN: *(En secreto, al Mosco.)* ¿Y ése quién es?

EL MOSCO: No lo conozco.

EL TIMBÓN: ¿No?

EL MOSCO: Ya viste. Sepa de dónde salió, pero también pagó su cuota. Alguien le ha de haber informado y se pasó por su lado.

EL TIMBÓN: Conque no sea de la migra ...

EL MOSCO: ¿Qué va a ser?

EL TIMBÓN: Un polizón disfrazado o algo así.

EL MOSCO: No te cuelgues.

EL TIMBÓN: Hace un resto de calor, ¿no?

EL MOSCO: Es por la grasa que te cargas. Aprende a mí.

EL TIMBÓN: ¿A ti? Si haces honor a tu nombre, Mosco.

EL MOSCO: Tú no cantas mal las rancheras.

EL TIMBÓN: No. En serio. Se me hace que aquí me bajo.

EL MOSCO: Ni la hagas. Si te bajas nos descubren a todos.

EL TIMBÓN: ¿Cuánto llevamos de camino?

EL MOSCO: Como una hora. Todavía le cuelga.

EL TIMBÓN: Ojalá no mucho. Aquí parece baño de vapor. *(Pausa.)* Era como la una cuando nos metimos.

EL MOSCO: Sepa. Ya ni me acuerdo.

EL TIMBÓN: ¿Por qué tan temprano nos metieron?

EL MOSCO: Así debe ser.

EL TIMBÓN: ¿Y ahorita qué horas son?

EL MOSCO: El tren sale a las cinco. Han de ser como las seis, más o menos.

EL TIMBÓN: Ya son muchas horas adentro.

EL MOSCO: Cayendo la noche y abrimos un poco la puerta. Y te pones allí a que te pegue el airecito.

EL TIMBÓN: *(Secándose el sudor.)* Ya vas, Mosco.

EL NOÉ: *(Gritando.)* Qué traen, vales. Parecen novios.

Todos les chiflan en señal de burla.

EL MIQUI: ¡Ése mi Timbón!

EL MOSCO: No se cuelguen. A mí no me gustan las vacas lecheras.

EL TIMBÓN: Ya quisieras que te amamantara.

EL MOSCO: Mejor perro.

EL TIMBÓN: No finjas que no me quieres.

EL NOÉ: Juntos hacen el diez.

EL CHAYO: Mosco negro, Mosco amarillo, Mosco de la muerte. Mosco de la mosca. Mosco patudo. Mosco peludo. Te apachurro. Te aplasto. Te apalcuacho como cucaracha gacha. Mosco minúsculo. Mosco maricón. Mosquita muerta. Mayatón.

EL MOSCO: Ya párale a tus comerciales.

EL MIQUI: Vénganse a la rueda y nos echamos un partido de pókar.

EL MOSCO: ¿Así a oscuras?

EL NOÉ: Yo traigo mi encendedor. Lo vamos rolando.

EL MOSCO: Ya van.

EL TIMBÓN: Órale. *(Se sientan.)*

EL CHAYO: *(A los demás que se encuentran distribuidos en el vagón.)* Ustedes también, vénganse.

UNO: No. Gracias.

DOS: No traemos lana.

EL NOÉ: Es de a mentis, vénganse.

TRES: Al rato.

EL MOSCO: Ya van, vales.

CUATRO: Al rato Mosco, al rato.

Reparten cartas. Chiflan y se acomodan en sus asientos.

EL TIMBÓN: No veo ni madre.

EL NOÉ: Allí te va la luz. *(Le pasa su encendedor.)* Apúrate y róvalo.

EL MOSCO: Me faltan cartas.

EL MIQUI: No seas transa, te las metiste abajo del pantalón. Yo te vi.

EL MOSCO: ¿Cuál pantalón?

EL MIQUI:Cuál ha de ser.

EL CHAYO: Es de a mentiras Mosco ¿Para qué haces trampa?

EL MOSCO: ¿Cuál trampa, a ver, cuál trampa?

De pronto, se detiene el vagón del ferrocarril. Todos se desconciertan.

EL MIQUI: ¿Qué pasó?

EL TIMBÓN: Se detuvo el vagón.

EL MOSCO: Así se para a veces. Aguanten. *(Un largo silencio.)*

EL CHAYO: Como que están cambiando la vía.

EL MOSCO: Sueñas. No puede cambiar. Este tren se va derecho.

EL TIMBÓN: ¿Y si sí?

El tren avanza lentamente.

EL MOSCO: Ya ven, allí va otra vez.

EL TIMBÓN: Me asusté.

EL MOSCO: Tú cuándo no.

EL MIQUI: Con que no sea una trampa tuya ...

EL MOSCO: ¿Mía? Si algo les pasa a ustedes, también me pasa a mí, bueyes.

EL MIQUI: Más te vale Mosco.

Otra vez se detiene. Ahora sí, definitivamente.

EL CHAYO: Otra vez se paró.

EL TIMBÓN: (*Gritando.*) ¡Camina, pendejo, camina! (*El Mosco le tapa la boca.*)

EL MOSCO: ¡Cállate! Va a haber inspección. Cállate. (*Un silencio.*)

EL MIQUI: Aquí se quedó.

EL NOÉ: Le van a cambiar la llanta ponchada.

EL MOSCO: Este buey.

EL CHAYO: No mames.

EL MOSCO: Así se para a veces. Aguanten.

EL NOÉ: ¿Cuánto?

EL MOSCO: Un rato. Así se para a veces. Un rato y empieza a caminar otra vez.

EL TIMBÓN: ¿Y si no?

Todos lo voltean a ver, pensando en esa posibilidad.

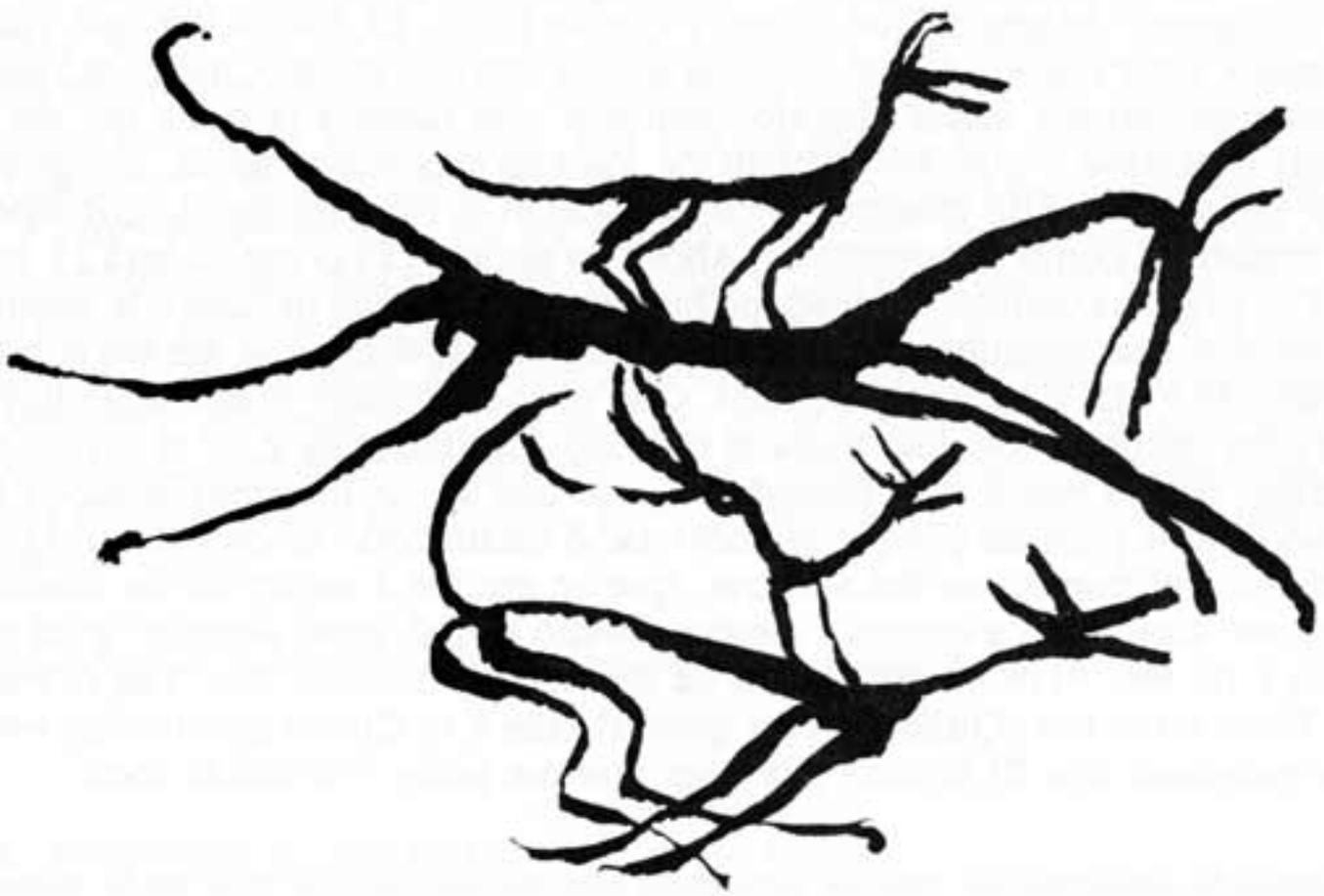
VII. Martes 30 de junio, 7 de la mañana.

En Ojo Caliente, Zacatecas. El interior de una iglesia. La Abuela se encuentra sentada. Después de unos momentos, llega La Mujer 5 y se acerca a la banca.

LA ABUELA: Siéntate aquí, muchacha. No me tengas miedo. (*Una larga pausa.*)
Ayer fue tu primer noche sola, ¿verdad?

MUJER 5: ¿Cómo lo sabe?

LA ABUELA: Ayer se quedaron muchas mujeres solas en este pueblo. Ayer me acordé que alguna vez también me quedé aquí, sola. Aunque el que se fue no es ni mi hijo ni mi marido. Él es mi nieto, el hijo de mi hija. Cuando él nació, Dios Nuestro Señor se quiso llevar a su mamá. Y me quedé al cuidado del niño. Cómo pasan los años, caray. Hubiera querido darle un recado a tu Chayo para que se lo llevara a mi nieto. De seguro allá en Juárez lo hubiera visto. Desde que me fui quedando ciega me he sentido más sola. Bueno, ya no tanto. Al principio sí, pero ya me acostumbé. Uno se acos-



tumbra y desarrolla el oído. Ahora ya sé que va a llover, y no por el viento frío, sino por el ruido que hacen las hormigas cuando se tocan las antenas. ¿Me crees? Ahora ya sé también cuándo entra el otoño, y no porque mi vecina me lo diga, sino porque bien que escucho cuando caen las hojas del guamúchil. En eso es donde me doy cuenta. Sé distinguir con el oído a las viejas remolonas que se paran a la misa de gallo. Mi nieto no sabe escribir. Nunca le gustó la escuela, él no nació para eso. Por eso no me escribe. Pero a veces me manda dinero, me manda cada que se acuerda que tiene abuela, porque él sí que no tiene madre, me consta, la enterramos un 17 de mayo de mil novecientos cincuenta y... ¿O era cuarenta y tantos? Ya ni me acuerdo. El caso es que la enterramos y el niño se quedó sin madre. Si me acompañas al camposanto te puedo enseñar la tumba. Allí queda todavía. Aunque esté ciega, bien me doy cuenta de lo que pasa en este pueblo. Puedo sentir tu respiración y la de la niña. Porque eso que llevas en el vientre es una hembra. Mujeres... mujeres... Va a ser una niña de ojazos negros. Yo sé muchas cosas. A mí nadie me quiere y ni me habla pero ni falta que me hace. Me llaman loca. Y si estoy loca, ellas están más porque no aguantan quedarse solas en este pueblo. Me dicen ciega. Debajo del rebozo se aguantan las ganas de gritarme que estoy ciega. Pero ellas están más, porque despiden a sus hijos con la esperanza de volverlos a ver, cuando ellos ya no van a regresar nunca. A veces me dicen que estoy cada vez más vieja, y sí, cada vez mi cara se va apachurrando, pero es por haber estado de pie más de la cuenta. Yo soy de roble, muchacha. Trenes van, trenes vienen, y yo aquí contando los trenes que pasan de largo y los que se detienen. Contando el número de gentes que suben y que se bajan. La última vez que vino mi nieto, hace como 15 o 16 años, la última vez que estuvo, me contó que había visto en sus viajes, algunos muertos que salían a la orilla del río... como pescados... que los sacaban de los vagones todos secos, de quién sabe cuántos días de muertos, y los arrojaban al río para que la corriente los arrastrara como desperdicios. Ahora ya no sé. Ya no me cuenta ¿Y cómo? Si ya no ha venido. Por eso me hubiera gustado que tu Chayo le llevara un recado, que preguntara por él allá en Juárez y le dijera que me estoy muriendo de vieja, de ciega y de loca. Que cuando menos venga una última vez para despedirnos. Eso hubiera querido mandarle decir. Si el Chayo te escribe, dile, a ver si de casualidad lo vio por allí. A mi nieto le dicen El Mosco. Yo le puse así porque cuando nació estaba todo tísico y flaco el pobre. Yo creí que no se iba a lograr, que se me iba a morir en las manos. Pero no. Comenzó a crecer y a crecer como nopal, pero siempre igual de flaco y de feo. Si no se ha casado ha de ser por eso: por feo. Tan prieto, tan flaco y tan feo ¿Quién lo va a querer? Dile a tu Chayo que le diga eso, que pregunte por El Mosco y le diga que me estoy volviendo loca...

La Abuela va saliendo de escena, apoyada con un bastón que trae en la mano.

MUJER 5: (*En voz baja.*) Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

VIII. Miércoles 1º de julio, 6 de la tarde.

El maquinista de la Missouri Pacific Lines, dentro de una cabina telefónica, cerca de las vías del tren. Entra en escena, se seca el sudor con la manga de la camisa, escupe hacia el piso, destapa un refresco de lata y bebe hasta que lo termina. Marca un número telefónico. Una pausa. Cuelga. Marca otro número. Otra pausa.

EL MAQUINISTA: *Is Tony there? I'm Francisco. What? I am Francisco Pérez. (Ríe.) Soy tu padre, pinche Tony. ¿Por qué te haces el que no conoce, eh? Ah, ¿verdad que ya me conociste? Qué onda contigo, baboso. Te haces el desaparecido y ya ni quieres fumar ¿Cómo que por qué? Quedamos de ir a tomarnos unas chelas, y como a ti te tocaba invitar, mejor ya ni te reportas ni nada. What's happened with you? Pinche Tony tan mandilón. Pídele permiso a la güera desabrida, o bueno, no le pidas nada, ni le avises a la hija de su... Ya. Está bien pues. Ya no le voy a decir pelos de elote a la flaca esa, ni tampoco que vaya a joder con su madre. Pero no te enojés. Bueno, allí cuando te suelten un poco la rienda me hechas un grito. I'm here. Here? Pues here, in Sierra Blanca. Pues porque se descompuso el pinche chucuchucu. Tuve que desviar la armatoste ésta a una de las vías auxiliares. Por eso no me puedo ir de largo, y ni me voy a ir tampoco. What did you say? No te oigo, habla más fuerte ¡Tampoco me grites que ya te oí! I love my life, por eso ni me arriesgo. I love my crazy life. Mañana mándame a los de mantenimiento para que revisen bien a bien esa cosa ¿Yo qué? Ni que fuera mecánico. I-am-driver. Por eso me pagan, soy el conductor, el maquinista. Te digo: mañana mándame a los mecánicos para que revisen bien la pinche locomotora, no vaya a ser que a mí, por andarle metiendo la mano me quede más mal de lo que está y para qué quieres. (Pausa.) O Key. Te aviso para que des el pitazo. Oh, sí. Allí me voy a quedar por si los mandas en la madrugada. Me urge irme lo más pronto posible. Allá me espera una lady, a beautiful lady. Sure. No, no es como la otra de apretada y escandalosa. Ésta es una mamacita. O Key, Tony. Thanks. Bye, bye. Mua. Kisses en la trompita. (Ríe.) Oye, Tony ¡Espérate! ¿Bueno? ¿Hello? Este buey ya me colgó.*

Sigue riendo mientras cuelga el auricular y sale de su área.

IX. Miércoles 1º de julio, 6:15 de la tarde.

Interior del vagón. Los 19 indocumentados. El tren rechina débilmente hasta el silencio total.

Teatro

EL CHAYO: Otra vez se paró.

EL TIMBÓN: ¡Camina, pendejo, camina! (*El mosco le tapa la boca.*)

EL MOSCO: ¡Cállate! Va a haber inspección. Cállate.

Un silencio.

EL MIQUI: Aquí se quedó.

EL NOÉ: Le van a cambiar la llanta ponchada.

EL MOSCO: Este buey.

EL CHAYO: No mames.

EL MOSCO: Así se para a veces. Aguanten.

EL NOÉ: ¿Cuánto?

EL MOSCO: Un rato. Así se para a veces. Un rato y empieza a caminar otra vez.

EL TIMBÓN: ¿Y si no?

Todos lo voltean a ver, pensando en esa posibilidad.

EL MOSCO: No metas el pánico en la tripulación.

EL TIMBÓN: Es que ya son muchas horas.

EL MOSCO: Se les dijo claramente que era muy arriesgado, así que no anden ahora con ésas.

EL NOÉ: A mí como que me das mala espina, Mosco.

EL MOSCO: No jueguen.

EL MIQUI: Ya te dije. Si es una trampa tuya, yo sí te parto.

EL MOSCO: Están nerviosos, eso es lo que pasa. ¿Y cómo no? Si hasta yo me pongo así a veces. No soy de palo.

EL CHAYO: Mejor nos aventamos otra cantadita para pasar el rato.

EL TIMBÓN: ¿Otra?

EL NOÉ: Ya nos quedamos sin voz, cantando a todo José Alfredo.

EL CHAYO: Pues otra vez, qué caray. (*Comienza a cantar.*) "Dirás que no me quisiste, pero vas a estar muy triste..." Órale vales. Aviéntense.

EL MIQUI: Yo paso.

EL CHAYO: Cabrones. "Con dinero y sin dinero, hago siempre lo que quiero..." (*Transición.*) Para eso me gustan. Cantores fracasados.

EL MIQUI: Con que todo eso de tomar el tren y que la madre, sea un jueguito tuyo, Mosco, y soy el primero en partirte el hocico.

EL NOÉ: Me cai que sí. Aquí te rajamos todita.

EL MOSCO: (*Asustado.*) Nunca había habido tanto retraso, deveras. No sé qué pasó, pero luego se arregla, van a ver.

EL NOÉ: Ojalá, porque ya no me puedo aguantar las ganas de ir a mi arbolito desde hace rato.

EL MOSCO: Te digo que hagas allí, en una orilla, no hay tos.

EL NOÉ: No mames. Somos aquí un chingo de gente y quién sabe cuánto rato más falte.

EL MIQUI: Ojalá y no mucho, porque ya te dije, Mosco.



EL MOSCO: No es que sea supersticioso, pero a veces funciona... es un jueguito muy a todo dar...

EL CHAYO: Jueguitos... lo que hay que ver es qué onda con este pinche tren.

EL MOSCO: Aguanten... se trata de que cada quien debe decir el nombre de las cantinas que se acuerde... de las cantinas a las que haya entrado, para ver quién conoce más. El que ya no se acuerde va saliendo, y a ver quién es el más fregón.

EL MIQUI: Pues yo.

EL NOÉ: Después de mí.

EL MOSCO: Dirás atrás de ti.

EL CHAYO: Ya vas, Mosco. A ver quién es el que conoce más lugares de éstos.

EL MOSCO: (*Sintiéndose a salvo del peligro por un rato.*) ¡Sale! Comienzo yo. Vamos por la derecha. Cada quién va diciendo una cantina.

EL TIMBÓN: Avientate pues.

EL MIQUI: Comiéndale Mosco.

EL MOSCO: Allí va.

El Desconocido se acerca a la rueda que han formado y los observa de pie. Algunos otros hombres se mueven, fuman y platican en voz baja. Otro, solitario, canta muy desentonado.

EL MOSCO: El Mike.

EL MIQUI: El San Luis.

EL TIMBÓN: El San Luisito.

EL NOÉ: Bar Roberto.

EL CHAYO: La Ópera.

EL MOSCO: La Comanche, *Night Club*.

EL MIQUI: El Napoleón.

EL TIMBÓN: Eros Bar.

EL NOÉ: El Mesón del Gallo.

EL CHAYO: Los Balcones Bar.

EL MOSCO: El Dandy del Sur.

EL MIQUI: La Cantina de los Compadres.

EL TIMBÓN: *Lady Bar Open*.

EL MOSCO: *Open* es inglés, quiere decir abierto.

EL TIMBÓN: Ah, *Lady Bar* Abierto.

EL MOSCO: Ése no vale.

EL TIMBÓN: Entonces... Salón Vaquero La Jungla.

EL NOÉ: Acapulco *Grill*.

EL CHAYO: El Quijote.

EL MOSCO: La Espuma.

EL MIQUI: Los Cuernos.

EL TIMBÓN: La Escondida.

EL NOÉ: El Minuet.

EL CHAYO: La Oficina.

EL MOSCO: El Museo Taurino Los Panchos.

EL TIMBÓN: Ése es museo. No vale.
EL MOSCO: Bueno... La Kloster.
EL MIQUI: La Tecate.
EL TIMBÓN: El Chivas.
EL NOÉ: El Agua Marina.
EL CHAYO: La Chata.
EL MOSCO: El Hombre de Fuego ¡No! Ése no. Ése es una fuente que hay en Guadalajara, creo. Mejor El Noa Noa.
EL MIQUI: El Noa Noa Dos.
EL TIMBÓN: La Alemana.
EL NOÉ: Los Equipales.
EL CHAYO: El Portal de Sancho.
EL MOSCO: El Portón.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL MIQUI: Las Escaleras.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL TIMBÓN: El Rehilete.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL NOÉ: Bar el Greco.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL CHAYO: Rosa Mística
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL MOSCO: La Copa de Leche.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL MIQUI: Torre de David.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL TIMBÓN: Torre de Marfil.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL NOÉ: Casa de Oro.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL CHAYO: Arca de la Alianza.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL MOSCO: Puerta del Cielo.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL MIQUI: Estrella de la Mañana.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL TIMBÓN: Salud de los Enfermos.
EL DESCONOCIDO: Ruega por nosotros.
EL TIMBÓN: (*Estalla a gritos.*) ¡Ya! Ya no aguanto más, ya no puedo, ya no.
EL MIQUI: ¿Qué traes?
EL NOÉ: Agárrenlo.
EL TIMBÓN: Me voy a ahogar. Voy a morirme, me voy a morir.
EL CHAYO: Espérate.
EL MOSCO: Aguanta...
EL TIMBÓN: Me voy a morir. Aire por favor... aire...
EL MIQUI: ¡Ya estuvo! Abre esa puerta, Mosco, ábrela.

EL MOSCO: Espérate un rato, nos van a agarrar a todos...

EL CHAYO: ¡A la madre! Abre esa puerta.

EL MOSCO: Nos van a agarrar a todos...

EL TIMBÓN: Aire...

EL NOÉ: Ayúdanos, Mosco. La puerta como que se atoró.

EL MOSCO: ¡Está atorada la puerta! ¡No se puede abrir!

EL MIQUI: (*Golpea las paredes.*) ¡Auxilio! ¡Sáquenlos de aquí!

EL MOSCO: ¡Está atorada! ¡Está atorada!

EL TIMBÓN: Me ahogo...

Oscuro.

X. Miércoles 8 de julio, 12 del día.

En la plaza principal de Ojo Caliente, Zacatecas. El Sacerdote, sobre un tablado, habla frente a los miles de fieles congregados allí. En un lugar visible, seis ataúdes.

SACERDOTE: (*Completamente exaltado.*) Señores, este acontecimiento debe ser de reflexión para todos nosotros. Debe abrigar la justicia y la esperanza que llegará muy pronto y que debemos esperar no con los brazos cruzados, no sentados en actitud contemplativa, sino luchando y defendiendo nuestros derechos. Ellos, señores, queridos hermanos, han ido a trabajar por todos nosotros. Han dejado aquí todo: casa, amigos, familia, para internarse como ilegales. No podemos dejarlos solos. Yo, señores, soy simplemente un emisario de Dios en la tierra, pero ustedes, todos unidos, somos los que debemos luchar por un país más justo. Nos han llegado los cadáveres de seis de los nuestros. Son seis de los dieciocho. Me uno a la pena de los familiares. Han dejado mujeres preñadas, lugares vacíos en nuestras mesas y en nuestros corazones. Hoy enterramos seis cuerpos. Cinco de ellos los conocemos, sabemos sus nombres. Pero del sexto nada sabemos. Nadie lo reconoció. Nadie lo identificó. Nadie lo reclamó. Y ahora descansará en nuestra tierra de Ojo Caliente. Ahora puedo decir que un nuevo Jesús, un nuevo Jesucristo vino a este mundo y ha sido asesinado. Cristo ha muerto nuevamente, víctima de la miseria de la humanidad. Cristo ha muerto en un vagón de ferrocarril. (*Una larga pausa.*) Como nuestros familiares caídos, ese Cristo que ha muerto, iba también en busca de pan para los suyos. Ese Cristo que hoy sepultaremos, resucitará mañana y hará justicia entre los hombres.

Un gran silencio. Los hombres de Ojo Caliente cargan los ataúdes. Comienza la marcha, mientras el duelo se escucha por todos los rincones.



Teatro

El coro de mujeres avanza a primer término.

- MUJER 1: (*Tristemente.*) Cuando estaba yo en el pueblo,
cuando estaba yo casada
cuatro hijos yo tenía,
cuatro hijos yo abrazaba,
aba, aba, aba.
- De los cuatro que tenía,
de los cuatro que abrazaba
uno se casó en San Diego,
ya nomás me quedan tres,
tres, tres, tres.
- MUJER 2: (*Igual.*) De los tres que yo tenía,
de los tres que me quedaban
uno se me ahogó en el río,
ya nomás me quedan dos,
dos, dos, dos.
- MUJER 3: (*Igual.*) De los dos que yo tenía,
de los dos que me quedaban
uno lo mató la migra,
ya nomás me queda uno,
uno, uno, uno.
- MUJER 4: (*Igual.*) De ese hijo que tenía,
de ese hijo que quedaba
ése se murió en el tren,
ya nomás me quedé sola,
sola, sola, sola.
- MUJER 5: (*Igual.*) ¡Ay, mi Chayo!
¡Ay, pobre de mí!
¡Ay, pobre de mi hijo!
- CORO DE MUJERES: ¡Pobres de nosotras, tan viejas,
pobres de nosotras, tan solas,
tan solas y tan viejas!
- MUJER 5: (*Igual.*) ¡Ay, mi hijo!
- CORO DE MUJERES: ¡Ay, mis hijos!
¡Ay, mis hijos!

Van saliendo muy lentamente, mientras se cierra el telón.

